

á la voluntad del pedagogo, sino tambien á la de todas las demás personas casi sin excepcion, y muy principalmente á la de los compañeros; esto es fácil remediarlo tan solo con prohibir á los contrariados que cedan en sus pretensiones, con lo cual el caprichoso se castigará á sí mismo. Los niños que adolecen de semejante defecto necesitan de compañía mas que ningunos otros, pues la sociedad es para ellos una verdadera medicina.

Sin embargo, no siempre que el niño difiere de los demás se ha de decir que es caprichoso, y tanto menos, cuanto mas maduro se haya manifestado en él el impulso de independencia; pues la firmeza de carácter, el amor á la libertad, la originalidad del pensamiento suelen aparecer desde muy temprano, y muchas veces de un modo poco agradable. No porque un niño rehuse los juegos propuestos por otros, se le ha de considerar como caprichoso, porque entre ellos, lo mismo que entre los adultos, los mejores no se dejan arrastrar por la multitud; y sería suprimir los impulsos mas nobles prohibir cierta independencia, y aun no alabarla. En general es necesario presentar algunas ocasiones en que el educando pueda ejercer su independencia, porque sino se ejercita prácticamente, es imposible que pueda adquirir el vigor necesario tan solo con palabras.

Así, pues, es indispensable ir confiando á este impulso cierto grado de libertad progresiva con arreglo al crecimiento de su fuerza, absteniéndonos de acibarar el contento que hayan podido causarle sus elecciones ó decisiones propias

con la burla ó el menosprecio, y uniendo á las experiencias practicadas una instruccion dulce y conveniente. Si ha sido engañado en una compra, si ha escogido malos amigos, &c., es mucho mejor que haga estos ensayos á la vista de sus padres ó maestros y con pocos gastos, que mas tarde y mas caro.

Cuanto mas vaya aproximándose el niño á la edad juvenil, tanto mas debe ir abandonando la educacion la ciega obediencia, é irla sustituyendo con la razonada. No se quiere decir con esto que el padre ó educador dispute con su hijo ó educando, que admita réplicas, ni mucho menos que renuncie á la órden una vez dada; solo sí que manden rara vez, contentándose en la mayor parte de los casos solo con animar al cumplimiento de lo preceptuado, haciéndoles mas fácil la obediencia por la conviccion. Pero de cualquier modo que esto sea, siempre es preciso abstenerse de mandar todo aquello cuyo cumplimiento no es probable ó que no se puede inspeccionar, porque no se los debe conducir á la tentacion, ni cargar su conciencia con el sentimiento de una falta de probidad, sin exponerse á que se sigan otras mayores. Tambien debe tener muy presente el educador que hay un período en la vida del niño en que este es en extremo zeloso de su independencia, y que entonces no bastan á detenerle cuando se cree ofendido por el tratamiento de aquel, ni el amor, ni el respeto de sus padres ó maestros, sino que rompe por todo y falta á la obediencia. Llega un tiempo en que todas las aves abandonan su nido y quieren ensayar sus propias alas.

Por esta razon es absolutamente indispensable tratar de robustecer la voluntad del educando desde luego; pero cuidando siempre en el tratamiento que solo se deje determinar por razones, y nunca por meros impulsos sensuales. El adolescente no cierra sus oidos á la razon, pero no sufre de ninguna manera los castigos ni amenazas; así que, es menester fortalecer su voluntad, de la cual procede la firmeza de carácter.

Para conseguir este fin, déjese al niño formar sus propósitos sin coartar su voluntad con el miedo, ayudándole sin embargo en la ejecucion, y reprendiendo sériamente todo lo malo siempre que en ello incurra; pero sin emplear jamás la burla y befa por mas extravagante que sea el propósito ó la determinacion de su voluntad, que por su naturaleza es en semejante edad en extremo voluble y fantástica. Muy bien puede ser el propósito absurdo y hasta inexecutable; mas no por eso se le debe rechazar, hasta tanto que el niño lo haya así reconocido. La voluntad debe ensayarse, y es preciso que por hechos llegue á convencerse el niño que le es imposible ejecutar todos los deseos y caprichos de su imaginacion y fantasía; lo demás, creer que esta facultad pueda adquirir la energía conveniente y determinarse tan solo por conviccion y únicamente por teorías, por mas extensas que estas sean, es un error que no produce otro resultado sino debilitar la voluntad. El niño ha de considerar como punto de honor muy importante el ser dueño de su sensualidad, y poder decir con cierta especie de noble orgullo: «Pudiera hacer esto ó aquello, pero no

*

quiero.» Tan apetecible estado puede hacerlo el pedagogo tanto mas asequible al educando, cuanto mas aleje todos los atractivos que hermossean los goces de los sentidos, y amenice por el contrario, si nos es lícita esta expresion, las renunciaciones voluntarias. La fuerza de la voluntad adquiere nuevo vigor con cada victoria, al paso que sus derrotas la debilitan extraordinariamente para todo lo sucesivo.

Es una falta muy comun permitir excepciones en la ejecucion de los buenos propósitos; por ser dia de fiesta, por estar de viaje, porque hace mucho calor, etc. etc., se suspende con la mayor frecuencia un propósito que habria de redundar en beneficio del niño; con lo que no se consigue otra cosa, que hacer mas difícil la obediencia para lo sucesivo. El que cede á semejantes pretextos da una prueba manifiesta de su poca firmeza de carácter, y trata solo de disculparse con tales paliativos de la crítica de otras personas.

Preciso es advertir que no se permita nunca que los propósitos vayan acompañados de votos solemnes en cosas de poca importancia, y ni aun en las de mayor entidad siempre que sea de temer un relapso. Tambien se debe procurar que no sean extensivos á toda la vida del promitente, sino que antes bien se reserve el niño darles una tal extension para la época en que pueda tener mas conocimiento de lo que hace. Pero sean cualesquiera los propósitos que se hubiesen hecho en la infancia ó juventud, su recuerdo jamás debe avergonzar al individuo en ningún tiempo de su vida.

En ciertas circunstancias puede ser muy conducente para robustecer la voluntad del educando hacer algunos ensayos prácticos, porque la victoria la vigoriza extraordinariamente, y es causa además de una gran alegría para él, cuando sabe que su director la ha notado; pero esto tambien envuelve sus peligros, pues si sale mal la prueba, es tanto mas sensible la derrota. De todos modos, lo que siempre se ha de evitar es que se haga de estas pruebas una mera comedia, que se repitan tantas veces que den lugar á la indiferencia, y por último, que no se quiera ir tan lejos, que se conduzca al niño á la tentacion. La inclinacion hácia lo bueno, ó sea hácia la virtud, crece tambien en el silencio y sin necesidad de ensayos, con tal que se procure alejar el mal únicamente.

§. XVI.

DEL DESARROLLO DE LA RAZON.

Siendo la razon la facultad mas sublime de nuestro espíritu, es indudable que tambien es la mas acreedora de un cultivo preferente; mas, como en la edad infantil es todavía tan débil, que solo se puede decir existe en el gérmen, es necesario preparar su desarrollo antes de fomentarlo de una manera directa. Puede considerarse como preparacion al efecto la conducta razonable del educador mismo, de suerte que el niño comience á ver desde luego en él prácticamente que todo se examina antes de ejecutarlo, que se lo compara con la ley moral, que se lo pone en

una conexión mas elevada. Procediendo de este modo, la razon del educador reemplaza á la del educando, y este se va acostumbrando á regirse por principios racionales, aunque todavía no pueda comprender la profundidad de las causas que determinan esta direccion del espíritu en todas sus obras.

Mas adelante, y á medida que se va desplegando el impulso de independendencia, en cuyo caso empieza á exigir se le deje cierta esfera de accion propia, segun ya se indicó en otro lugar, es cuando en realidad debe darse principio á su cultivo de una manera directa, á fin de que pueda reglar su actividad segun las leyes interiores ó de la conciencia. Pero preciso es advertir que en esto es necesario proceder con un gran pulso, pues si se concede demasiado temprano la indicada esfera de actividad independiente al niño, el peligro que entonces amenaza es inmenso: en este caso, como que á la falta de ejemplo y hábito de obrar racionalmente se agrega el poder de la sensualidad, de las pasiones y del cálculo egoista del entendimiento, es imposible que la razon pueda adquirir toda aquella energía que es indispensable para su cultivo mas delicado. De aquí es que muchos jóvenes emancipados temprano del poder de la educacion, jamás aprenden á pensar ni á obrar segun principios racionales (1).

(1) En esto no se pueden hacer valer algunas excepciones de jóvenes, que á pesar de una temprana independendencia, han llegado á someterse despues tanto mas al dominio de la razon. Ya se dijo en otro lugar

Pero, al contrario, si la educacion procede de una manera demasiado positiva, así como si dura por mucho tiempo, puede tambien impedir el desarrollo de la razon, porque el educando se habrá ya habituado con semejante tratamiento á fiarse absolutamente de su maestro. Sin embargo, este proceder solo puede ser perjudicial en el caso de que las personas que eduquen al niño sean egoistas, y traten de mantener á la juventud en una constante dependencia con toda intencion (1).

Como la razon es la facultad de inquirir la verdad, menester es cultivarla segun esta senda de desarrollo; pues aunque tambien entra en la esfera del entendimiento el conocimiento de lo verdadero y lo falso, esto es, si la representacion que de ello tiene es ó no conforme con el objeto á que se refiere, no tiene esta facultad sin embargo interés alguno en la investigacion de la verdad, lo cual pertenece exclusivamente á la razon. Ella ama la verdad, porque la verdad pertenece á su esencia; el entendimiento no hace mas que conocerla. Además: hay muchas ideas compuestas que son inaccesibles al entendimiento, porque

que la vida educaba por excepcion mejor que la familia; pero esto nunca puede ser la regla general. Además, la mayor parte de los hombres así criados se han limitado á seguir una sola direccion aun en el bien.

(1) Si los padres guiados por la mejor intencion continúan educando á sus hijos por mas tiempo del necesario, como que su amor suple muchas faltas, no se destruye la razon, aunque se retarde algo mas su desarrollo.

no se dejan disolver en cada una de sus representaciones particulares; pues estas las percibe distintamente la razon y examina su verdad. Es por consiguiente una señal de cultura de dicha facultad el deseo de investigacion y el amor á la verdad.

Pero no se crea que el niño es capaz desde luego de aspirar á la verdad; como que en los primeros años de su vida le son nuevas todas las apariciones internas y externas, no puede haber lugar á la comparacion, y todas por consiguiente son para él igualmente verdaderas. Las representaciones de su fantasía, como las que le proporciona su vista, están en un mismo grado de verdad para él; sus inducciones durante dicha época son meras analogías, que estriban en experiencias bastante imperfectas. Hé aquí porqué no puede haber para el niño verdad alguna objetiva, porqué no se le puede hablar de la mentira en el sentido riguroso de la palabra. Todo lo cree, porque todo le parece posible, menos el que haya quien pueda decirle una mentira. Por eso es un deber de la educacion no abusar de dicha credulidad, diciendo al niño cosas cuya falsedad resaltará fácilmente á su vista, y le harán desconfiado é incrédulo (1). Sin

(1) Es incomprensible, aunque muy frecuente entre los adultos, el defecto de burlarse de los niños á costa de su credulidad, así como el meterlos miedo y reirse de ellos cuando no comprenden el sentido ambiguo de sus palabras. ¡Qué falta tan grande de ilustracion en medio de una sociedad culta!

embargo, esto no obsta para que se puedan confiar á su fé verdades disfrazadas, que mas tarde ha de ver desnudas, y principalmente historias y cuentos que tengan un fin moral, que hablen al corazon, por mas increíbles que parezcan á los adultos; sino que, por el contrario son muy convenientes durante la época en que todavía no hay lugar á la duda; porque esto le gustará, y no se destruirá mas tarde con ello el gérmen que su moral hubiere engendrado. Así es como pueden conservarse en el corazon del jóven muchas flores religiosas y poéticas que nacieran en una edad mas temprana, al paso que se ejercita la fé, preservando de este modo al entendimiento de caer en el escepticismo. No se tema que este cultivo de la fé infantil conduzca á una ciega credulidad por toda la vida; á medida que la razon va ganando en energía, sujeta cada vez mas á su exámen todo lo que percibe el espíritu, y como las percepciones posteriores no son consideradas con la predileccion que las anteriores, claro es que depende solamente de la agudeza de los órganos intermediarios de dicha facultad que ha de examinar los sucesos, su mayor ó menor credulidad en adelante, en razon á la mayor ó menor ligereza ó profundidad del exámen.

La credulidad, pues, no es un simple hábito, y sí mas bien un sentimiento de comodidad que se ha desarrollado, ó mejor dicho, una debilidad del entendimiento y de otras facultades. Como la investigacion de la verdad es demasiado difícil, prefiere el entendimiento renunciar á ella por evitar el trabajo; por eso es necesario

obligar á los niños á que contemplen todos los objetos con intension, á que procuren convenirse por sí mismos, dándose razon de todos los sucesos, y además llamar oportunamente su atencion acerca de los errores y exageraciones que ocasiona el engaño de los sentidos, así como la vivacidad excesiva de la imaginacion y fantasía; procediendo segun estas bases, no habrá que temer una ciega credulidad en lo sucesivo.

Pero no es menos necesario prevenir la incredulidad y el escepticismo. Si desde temprano se comienza á cultivar la fé, y se deja gradual y progresivamente al entendimiento una esfera de accion correspondiente para examinar la verdad, sin concederle empero mas ensanche que el que le pertenece, se preparará con esto el desarrollo de la razon, y se preservará al niño de caer en los extremos indicados. En esto es indispensable partir del principio siguiente: Lo que puede encontrarse por la fé (la verdad sugetiva), déjese á la fé; lo que por la ciencia (la verdad objetiva), déjese al saber. Confundir y trastornar ambos modos de conocer, siempre es perjudicial. Porque no es en todos los casos el amor de la verdad lo que obliga á dar mas crédito á los testimonios externos que á los internos, ó cuando menos á considerar en una escala mas inferior de verdad á estos que á aquellos: sino que los mas sublimes son tambien percibidos por una voz interior, que trata igualmente de entender.

Así que, todo aquello que realmente se puede explicar por medios exteriores, no debe to-

marse por los jóvenes como una verdad absoluta, hasta que su propia razon haya desvanecido aun la mas leve duda despues de un exámen correspondiente. En estas cosas sería muy mal hecho emplear la fé; pero en lo que está mas allá de nuestra esfera sensual, fuera de la lógica humana, jamás debe dejarse penetrar duda alguna; á la fé solo corresponde llenar este vacío de la inteligencia del hombre. Un joven que no puede creer, es un desgraciado; su espíritu ha degenerado, su conciencia ó voz interior, la propiedad mas sublime del ser humano, se ha dejado arrastrar por impulsos inferiores. Por eso es un grave crimen pedagógico burlarse ante los niños de las cosas sagradas, y ni aun de aquellas que él comprende como tales. Si la razon despues de haber adquirido el suficiente desarrollo, si el entendimiento maduro tratan de hacer un exámen de lo creído hasta entonces, siguen en verdad su senda natural de desarrollo; y la acción del pedagogo en semejante caso no debe ser otra, que la de estar alerta para impedir en todo evento que de una duda nazca el escepticismo, para lo cual debe señalar ciertos límites á la investigacion de aquella facultad, y designar puntos de descanso para que no se debilite ni fatigue y deje sin terminar el exámen comenzado. Al efecto debe tener muy presente ante todas cosas el principio que dice: «La humanidad es mas razonable que el individuo.»

He aquí, pues, el modo segun el cual sería conveniente cultivar la razon teórica. Pero de no menor importancia es el desarrollo de la ra-

zon práctica, la cual despierta mas temprano y se desenvuelve como *veracidad y recta conciencia*. Es cierto que el infante no puede distinguir desde luego lo verdadero de lo falso; sin embargo, él siente en su interior un deber de no engañar á los demás; si este sentimiento moral no existe, la culpa en general solo puede atribuirse á los que le educan. No se tiene inconveniente ni reparo alguno en decir mentiras á los niños, que despues estos repiten. Las chanzas tambien ocasionan un gran perjuicio á dicho sentimiento en razon á que por su mayor parte no son otra cosa que caricaturas de la verdad, y por consiguiente no verdades estrictas. El niño, que en su edad primera carece absolutamente de norma á que reglarlas, no hace caso de ellas, hasta que llega á notar que con ellas le entretienen, y trata entonces de imitar á los adultos; así pierde la costumbre de decir verdad, pues observa que tales caricaturas agradan y divierten mucho mas que esta. Aquí tenemos la primera fuente de la mentira; en la esperanza y el miedo en lucha con la verdad, la segunda. Durante la época en que la razon es todavía muy débil, tan inseguro el conocimiento de lo verdadero y lo falso, y tan poco sensible en fin el deber de poner en conformidad los actos externos con las nociones internas, cada esperanza lisonjera, cada temor de una incomodidad sucesiva ocasionan una falta de verdad. El ejemplo de los adultos, y todavía mas las promesas y amenazas inoportunas no pueden menos que acallar la débil voz de la conciencia infantil, abriendo ancha senda á la mentira. La práctica del mundo actual en

esta parte está en manifiesta oposicion con los principios pedagógicos. Se obliga, por ejemplo, al niño á que guarde silencio acerca de cosas que su razon no comprende porqué ha de callar; tiene la representacion de ellas, pero se ve obligado á reprimir su expresion, ó bien, por el contrario, se le obliga á decir lo que queria callar quizá por motivos muy nobles, ó lo que talvez ha olvidado: ha de hablar de diferente modo que le ha impresionado el objeto en su contemplacion, porque acaso existe para ello un motivo, cuya importancia aun no le es dado comprender: ha de prometer lo que no podrá cumplir, ó cuya dificultad cuando menos no conoce; llega el tiempo del cumplimiento; reconoce entonces la imposibilidad ó dificultad de verificar lo prometido, y su conciencia debe tranquilizarse. Pero ¿á qué cansarnos mas? mientras la vida de los adultos y con especialidad su trato sean tampoco verídicos, es imposible esperar veracidad de ellos; sin embargo, ellos aprecian, segun dicen, en mucho el no mentir, y ponderan esta virtud en los niños. Pero esta gloria es á pesar suyo otra mentira, porque limitan la idea de esta solo á la negacion de haber cometido una falta, sin considerar que la confesion no cuesta un gran trabajo cuando la debilidad de los padres ha asegurado de antemano la impunidad al delincuente: que su repeticion frecuente embota la conmocion del ánimo, siendo por consiguiente mas bien una prueba de una mayor perdicion, que una mentira provocada por la necesidad. Era preciso hacerles entender que la veracidad no solo es una virtud, sino

tambien un arte que se debe ejercer. Hasta tanto que un niño sea capaz de sufrir un dolor por causa de la verdad, no puede decirse que sea sincero, que no miente. Los grados peores á que puede llegar la falta de verdad, son las excusas refinadas, el echar la culpa á otros, y tambien la complacencia en mentir, que ocasiona la desfiguracion constante de todos los hechos, y á veces no distingue lo verdadero de lo falso. Por esto es siempre mejor el niño que niega, que el que pretende ganar una ventaja por adulacion (1).

Pero suponiendo que exista este vicio, ¿ cómo podrá corregirse? Nunca de repente por castigos rigurosos, ni grandes conmociones, sino por una continua y esmerada vigilancia, por un tratamiento dulce y absolutamente verdadero,

(1) El negar no tiene otro fundamento que evitar una incomodidad que se teme. El sentimiento del miedo se sobrepone en este caso al amor de la verdad. Por esta razon el castigo de un delito jamás debiera ser tan fuerte, que el miedo que ocasionara pudiera sofocar la voz de la razon; ni tampoco tan insignificante, que esta facultad no se viese animada á examinar. La impunidad como premio de la confesion sincera, es una medida contraria á la Pedagogia. Cuando se falta á la verdad por conseguir una cosa agradable, esta mentira es mucho mas punible, que cuando solo tiene por objeto evitar una incomodidad; pues ya se ve que en el primer caso depende absolutamente de la libre voluntad del niño el prescindir ó no de una perspectiva lisonjera, lo cual no sucede en el segundo. En el un caso no puede variar nada, en el otro todo depende de él.

aunque no por eso se han de proscribir los castigos en casos necesarios, pero cuidando siempre ante todo de evitar la ocasion. No se presten oídos á chismes ni á cuentos, ni se hagan preguntas inquisitorias cuando sea fácil convenirse de la verdad de los hechos de otro modo. Limítese la fantasía por medio de la contemplacion y ejercicio del entendimiento, y exíjase siempre la mas exstricta exactitud aun acerca de las cosas mas insignificantes. No bastará además representar la mentira como un vicio abominable, sino que es preciso además hacer fuertemente sensible al mentiroso las consecuencias de su viciosa conducta; retírese de él toda confianza, y sufra por esto alguna vez una injusticia.

Este procedimiento, sin embargo, claro es que no debe durar por mucho tiempo; cuando el niño se ha enmendado, tambien debe cesar la desconfianza. Por la manera indicada se conseguirá cuando menos fijar en su ánimo la conviccion de que nada se gana con mentir, sino que antes bien se pierde mucho (1).

(1) Por esta razon es indispensable hacer de modo que el niño sienta siempre las malas consecuencias de la mentira sin excepcion alguna, pues de lo contrario crece tanto el atractivo, que aun los mejores niños no lo pueden resistir, principalmente en la época en que se desarrolla el gérmen de la independencia, y mucho mas si á esto se agregan las asociaciones que suelen tener lugar entre ellos para hacer diabluras. En semejante caso, sino se tienen pruebas manifiestas vale mas abstenerse de toda averiguacion.

Es de la mayor importancia tambien para el fin indicado atraer el sentimiento de honor al lado de la verdad, así como el procurar desvirtuar el influjo de los compañeros sobre el niño inclinado á la mentira. Se debe tratar, por último, de ejercitar su valor y el dominio sobre sí mismo, porque es indudable que el miedo es la principal fuente de la ocultacion y la mentira, así como el deseo de gozar lo es de la ambicion, adulacion é hipocresía.

Otro producto de la actividad de la razon es la *rectitud de conciencia*, que no es otra cosa sino el cuidado de no faltar en nada á la ley moral. Esto es debido en parte á una efectiva sensibilidad de la conciencia, en parte es hijo de la conviccion, que aun lo pequeño es importante en el reino de la moralidad.

Ninguna otra conmocion del alma es mas noble que esta vigilancia continua de la razon sobre la observancia de las leyes divinas; y sin embargo, no faltan por desgracia muchos padres que la destruyan de propósito. «No vale eso nada, es una friolera.» He aquí las expresiones con que se trata de acallar la conciencia infantil, sin considerar que con tan imprudente proceder no se hace mas que embotarla no solo para los casos insignificantes, si que tambien para los mas importantes en lo sucesivo. ¿Cuántas veces no se observa sino, que los adultos que rodean al niño se burlan de la ajustada conducta de éste porque cree importante tal ó cual infraccion de la ley moral, que el abuso y una

perniciosa costumbre han hecho insignificantes á los ojos del vulgo (1)?

La razon se robustece poco á poco con una progresion conveniente de ejercicio, y va aprendiendo á dominar las malas pasiones; sin embargo, es indispensable dirigir las acciones del niño de tal modo, que dicha facultad pueda hacer valer en realidad su predominio sobre ellas. Procúrese siempre reprimir toda precipitacion en las contemplaciones sugetivas y objetivas, no solo por las consecuencias peligrosas que pueden resultar, sí que tambien muy principalmente para que la razon no se descuide en su derecho de exámen. Todo esto debe hacerse con pocas palabras. Cada vencimiento de sí mismo es una victoria de la razon; pero tambien cada alabanza por esta victoria equivale casi á una derrota de aquella.

El conocimiento de sí mismo es otro de los productos del cultivo de la razon, en el cual estriba el verdadero arrepentimiento y la enmienda consiguiente. Este se suele manifestar aun en la infancia por los hechos que vamos á indicar. Si el niño no busca excusas con que encubrir sus faltas: si se avergüenza de ellas: si no inculpa á otras personas: si procura evitar dar el primer paso hácia el mal por temor de su propio deseo, entonces es de esperar que dicho

(1) Los adultos se burlan muchas veces del niño que no se atreve á coger una espiga por respeto á la propiedad agena, y por otra parte le castigan cuando se ha emporcado el vestido. ¡Qué ilustracion pedagógica!

conocimiento de sí mismo sea en lo sucesivo la égida de su virtud. Para cultivarlo es indispensable evitar todo motivo de distraccion en los momentos que exigen seriedad. En general, el retiro, las indicaciones sencillas y determinadas acerca del estado de su alma, la reprobacion de toda excusa, la recomendacion de la humildad y la presentacion en fin de ideales que sirvan de comparacion, no con la inmoralidad que hoy existe en la realidad, son otros tantos medios al efecto indicado.

DOCTRINA GENERAL DE ENSEÑANZA.

§. XVII.

DE LO QUE PERTENECE A LA ESFERA DE LA ENSEÑANZA.

Las facultades intelectuales se cultivan por medio de la enseñanza, esto es, por la comunicacion intencional de representaciones del hombre ilustrado al que no lo es, cuando menos en una cierta direccion. Esta comunicacion se verifica, ya proporcionando contemplaciones, bien por medio de signos de representacion, que son las palabras. La mayor parte de las contemplaciones sin embargo, se ofrecen á la percepcion del discípulo sin intencion, y no pertenecen por consiguiente á la enseñanza.

De las huellas que quedan en el alma del que contempla, ó sean las imágenes, mediante

la comparacion ó combinacion de los indicios comunes, nace la segunda especie de ideas, que son los conceptos. El espíritu se forma signos, tanto para las imágenes como para los conceptos, por medio del lenguaje, y estos despiertan en el que los oye las mismas representaciones que tiene el que habla. Por esta razon está al arbitrio del que enseña despertar las ideas que ya existen en el alma del que aprende, así como el ponerlas en nuevas conexiones. Tambien puede ensanchar el círculo de las representaciones de este, ya ofreciéndole signos para nuevas contemplaciones, ya las contemplaciones correspondientes para nuevos signos, ya finalmente producir por medio de conceptos afines otros nuevos aun sin intuiciones, pues el espíritu del que aprende no recibe en sí pasivamente los signos de representacion para conservarlos sin alteracion alguna, sino que crea nuevas combinaciones, ó modifica y varía cuando menos las ya existentes.

Por lo expuesto se ve son tres los requisitos indispensables de toda enseñanza: en primer lugar, una calidad perfecta y completa de representaciones en el maestro; en segundo, habilidad ó don de comunicacion, y por último, aficion en el discípulo á recibir y apropiarse las representaciones que se le ofrezcan á su contemplacion. Tres son tambien por consiguiente las exigencias que se deben hacer á un maestro: 1.^a trabajar en perfeccionar sus propias representaciones; 2.^a tratar de adquirirse el arte de la comunicacion, y 3.^a ganar para la enseñanza á los que hayan de aprender. Las dos primeras

*

cosas se simplificarían muchas veces, si se pudiesen procurar siempre las representaciones al efecto; mas, prescindiendo de lo imposible que esto es, tampoco es suficiente impresionarse de lo producido por las imágenes, sino que es necesario además recibir lo que se está produciendo; de suerte que, la tarea del profesor no se limita á presentar meramente las cosas, sino que se extiende á ejecutarlas ante el discípulo, y á describir lo que realmente no se puede ofrecer á la contemplación. Pero, como la comprensión del que aprende no es tal en un principio, que sea capaz de impresionarse perfectamente de cada contemplación, ni de percibir por consiguiente todas las nociones que cada una de ellas arroja, necesario es hacerle asequibles las ideas por medio del análisis, valiéndose al efecto del lenguaje. De modo que, aun cuando el fundamento de la enseñanza no es otro en verdad que el presentar y ejecutar, consiste sin embargo por su mayor parte en la comunicación de signos, ó sea en la instrucción propiamente dicha. No se puede negar que el modo mas natural de enseñar sería comunicar de viva voz el maestro sus representaciones á los discípulos, ejecutando lo que debiera imitarse por estos, hasta que estuviesen en disposición de hacerlo perfectamente. Sin embargo, la instrucción también puede verificarse aun entre ausentes por medio de libros; pero como en este caso es imposible la influencia personal del maestro sobre sus discípulos, que tanto vale, ni se puede además arreglar á la individualidad de cada uno de estos, semejante medio se em-

plea únicamente como auxiliar del de viva voz; tambien exige mayor esfuerzo y comprension por parte del que aprende, y por esto se llama enseñanza por sí mismo. Mas, aun cuando segun vamos indicando el profesor debe verificar la mayor parte de la instruccion á viva voz, necesario es además que los discípulos estudien para afirmarse bien en lo aprendido y poderlo ejercitar. A estos trabajos no tiene necesidad de asistir el profesor, toda vez que los resultados bastarán despues á convencerle. Dichas tareas pueden ser, ó preparatorias, ó de repeticion.

Como los conocimientos y habilidades que son objeto de la enseñanza se los va apropiando el discípulo por medio de la memoria, y le sirven para varios fines, resulta además del fin principal, que es el cultivo y perfeccion de la facultad de representacion, otra ventaja á la vez, cual es la de apropiarse segun se ha dicho todo el caudal de conocimientos y habilidades comunicadas, tal como lo requieren la vida social y el desarrollo histórico de la humanidad. Lo primero suele llamarse el *fin formal*, lo segundo el *fin material de la enseñanza*. Es indudable que este último es el que estimula mas á instruir á la juventud, y á él tambien se deben la mayor parte de las instituciones para ello; pero uno y otro se consiguen siempre á la vez, sea la intencion cualquiera, pues ni pueden separarse en realidad, ni deberia tampoco hacerse así aun cuando fuese posible. Enséñese lo que se quiera, adóptese cualquier método, siempre tendremos por resultado el ejercicio y cultura de la facultad de representacion, con la diferencia de

que, cultivada acertadamente, podrá sacar muchas mas ventajas en su totalidad y en todos conceptos.

En cuanto á los ramos de instruccion que debe abrazar una buena enseñanza, si atendemos á que la juventud no tiene otros deberes que llenar que su instruccion, y por consiguiente que no debe ser ociosa en aprender, es indudable que debe comprender cuantos sean necesarios á ejercitar suficientemente las facultades intelectuales en cada direccion, y adelantar en ellos en cuanto lo permita el desarrollo armónico de las mismas entre sí y las fuerzas físicas. Por lo demás, creer que se pueda dirigir la enseñanza al fin formal únicamente, no pasa de ser un mero ideal, imposible de realizar en la práctica: porque por mas independientemente de circunstancias exteriores que haya nacido un hombre, ha de vivir sin embargo en y para la sociedad, se ve en la necesidad de honrar y aprovecharse de lo que pudo heredar de sus ascendientes, y no puede por último prescindir de deberes para con sus descendientes. Y claro es que todas y cada una de tales consideraciones le han de imponer necesariamente materias determinadas para su conocimiento, que le impedirán mas ó menos la libre eleccion que en otro caso podria hacer tan solo para perfeccionarse.

Sin embargo, como son tantos los ramos del saber, como es tan inmensa su riqueza y tan variada la fuerza productiva de cada uno de ellos, muy bien pueden combinarse el cultivo de perfeccion propia con la utilidad y necesida-

des de la vida, sin que para ello sea necesario que el un fin excluya al otro en ningun caso. Por lo tanto muy bien se puede establecer, que la enseñanza, formal y material, tiene por fin comun la perfeccion intelectual del discípulo, haciéndole aprender los conocimientos reunidos por las generaciones que le precedieron, y que le son necesarios para la vida práctica, de que no puede prescindir.

Pero, para que se fomente y mantenga la armonía de las facultades espirituales y fuerzas físicas que es indispensable por medio de la enseñanza, preciso es que su influencia no se limite exclusivamente al cultivo de las primeras, y sí antes bien que se extienda además á las segundas, como son los sentimientos, &c., y muy principalmente á las tendencias, porque la enseñanza ha de ser por necesidad la gran clave de la educacion. Es verdad que en atencion á este principio se han esperado de ella resultados morales demasiado positivos, y descuidado por consiguiente muchos medios de educacion que están fuera de su esfera; pero no por eso es menos cierto que puede servir de mucho dirigida con acierto, siempre que por otra parte no se ponga en contradiccion con la segunda; y todavía sería de mucho mas valor, si los padres, que son los encargados por la naturaleza de la educacion de sus hijos, pudiesen al mismo tiempo servirles de maestros de enseñanza. Pero, como esto solo es posible en algunas que otras favorables circunstancias, la doctrina de educacion y enseñanza debe indicar los medios convenientes para conseguir una íntima union de ambos ele-

mentos, con el fin de que adquiriera el educando la mayor perfeccion posible.

§. XVIII.

DE LA VERDAD EN LA ENSEÑANZA.

Si la comunicacion de representaciones que es objeto de la enseñanza ha de conseguir su fin, indispensable es que en toda ella reine la verdad y la claridad, y que sus resultados sean duraderos, activos y morales, así como tambien conformes á las circunstancias presentes y sucesivas del discípulo, porque de lo contrario podria muy bien perder una parte de sus demás perfecciones, y sentirse probablemente desgraciado.

Las representaciones que se comunican al niño han de ser verdaderas, ó lo que es lo mismo, deben corresponder á la realidad. Los signos, pues, han de atraer exactamente la imagen como pudiera hacer la contemplacion misma, para lo cual es preciso que el maestro en primer lugar tenga esta exactitud, y que comunique en su consecuencia el signo verdadero. Pero á su vez tambien es necesario que el niño ponga de su parte toda la atencion conveniente para hacerse cargo de la idea comunicada por la palabra de aquel. Aun prescindiendo de las dos fuentes mas comunes de la falsedad de las imágenes, de las cuales la una es la comunicacion intencional de falsedades que verifica el maestro, y la otra los errores del mismo provenientes de su ignorancia ó falta de preparacion, quedan sin em-

largo otras muchas, debidas unas veces á las equivocaciones casuales de los preceptores, otras, y es lo mas frecuente, á la poca habilidad de estos para comunicar sus ideas y saber atraer por consiguiente la atencion de los discípulos hácia el objeto de que están tratando. Porque, si sucede que personas ya de alguna edad y que tienen bastante ejercitada su comprension conciben muchas veces equivocadamente las comunicaciones de otros, ¡con cuánta mayor facilidad no puede suceder esto al niño, que, á mas de las series de representaciones que debe comprender, tiene que aprender sus signos! Los adultos en virtud de sus conocimientos y facilidad de comprender, adquirida por un largo ejercicio de esta facultad, conciben naturalmente muchas representaciones nuevas sin notarlo ellos mismos, cosa que de ningun modo puede tener lugar en el niño que carece de los fundamentos necesarios para ello; y así no es de admirar que padezcan equivocaciones en innumerables casos, por haber comprendido mal la enseñanza. Sin embargo, estas pueden corregirse sin gran dificultad, siempre que de la teoría no pasen á la práctica; pero cabalmente en esto es donde consiste el principal mal, y de la falsedad intelectual se origina una moral. El niño al principio no comprende bien las palabras del maestro, y equivoca con facilidad por lo mismo su sentido; y, como que no se satisface su duda, no piensa mas en ello, toma los signos por las cosas, y se acostumbra naturalmente á valerse de signos falsos. En este estado, ya no le importa nada que las palabras convengan ó no con el

pensamiento, y de ahí la diferencia que se observa por lo comun entre las palabras y los hechos de aquellos niños á quienes se permitió desde temprano el uso de signos equivocados. — Pero, ¿y cómo se asegura el maestro de que las ideas que comunica son recibidas en el alma del niño tales como son en sí? Para esto debe en primer lugar preguntarse á si mismo el modo con que él las adquiriera, y entonces conocerá perfectamente que todos los conceptos concretos estriban en representaciones de imágenes, así como todos los abstractos en concretos. Si esto no se hace, si se separa de este camino natural, necesariamente se introducirán mil equivocaciones. Tambien se puede inferir estudiando el desarrollo del lenguaje en los niños como en el pueblo, pues por él se conocerán los primeros y mas fáciles conceptos, que se pueden suponer sirvieron de cimiento á los artificiales de las ciencias. Por esta razon es necesario que todo maestro se familiarice con el lenguaje del pueblo como con el de los niños, reservándose emplear para mas adelante el de los libros, cuando la inteligencia del educando haya adquirido cierto grado de desarrollo. En la enseñanza del idioma debe siempre tenerse presente la siguiente regla: en cada frase no se debe añadir mas que una palabra desconocida al discípulo, si su significacion ha de poder ser adivinada por este por el sentido de toda ella; aun así no es muy fácil que se asegure, sino se agrega la intuicion de cada una. Esta regla debe tambien servir para en lo sucesivo.

En cada serie de representaciones que ofre-

ce la enseñanza es necesario evitar la complicación de ideas sueltas ignoradas del discípulo, si se le ha de facilitar la comprensión de la totalidad y presentarse esta como un verdadero retrato ante su alma; á este efecto es muy conducente valerse de las intuiciones percibidas de antemano por aquel, que vengan ayudando á la formación de una nueva y verdadera imagen. De lo contrario, aun valiéndonos de todos los medios posibles para explicar una serie de representaciones desconocidas al discípulo, jamás resultaría la verdad del pensamiento universal, en razon á que sus elementos no son bien conocidos todavía del niño, para que pueda obrar de por sí en virtud de ellos. Si han de formarse, pues, por el discípulo conceptos verdaderos por medio de la enseñanza, preciso es que el desarrollo de los mismos se ofrezca en una progresión gradual y conveniente á su capacidad mental, ó; lo que es lo mismo, ir añadiendo poco á poco nuevas ideas á las ya percibidas, guardándose de hacer operaciones con elementos nuevos mientras no se hayan probado como verdaderos. En esto es bien fácil que el maestro avance demasiado por dar á conocer la verdad, fastidie al niño y debilite su atención por consiguiente; pero muy bien se puede evitar semejante escollo, si aquel no se contenta con su propio parecer acerca de la dificultad de las representaciones que trata de comunicar á sus discípulos, sino que los examina para convencerse de si en efecto han comprendido con exactitud lo que les ha explicado, y si son capaces por lo tanto de servirse convenientemente de las

ideas sueltas para otras mayores combinaciones.

Por lo expuesto se vé que una explicacion continua no es la mas á propósito para la enseñanza de la juventud, pues es demasiado vasto su campo para que pueda abrazarlo la inteligencia infantil y fijarlo en su memoria. Ni sirven para esto, ni pueden producir resultado alguno los exámenes á fin de cada curso de enseñanza, pues solo se encontrará en el discípulo una masa informe y confusa de ideas, ya falsas de por sí, ya en sus combinaciones casuales. Además, nadie ignora que la lectura y estudio que hacen los niños independientemente de toda inspeccion exacta sobre si lo han comprendido ó no, deja siempre incierta la verdad de la comprension; pues solo jóvenes muy bien dotados son capaces de inspeccionarse á sí propios, y detenerse en las dificultades hasta haberlas vencido completamente.

Pero, si es difícil cerciorarse acerca de la verdad de las representaciones aisladas, como se acaba de indicar, claro es que lo ha de ser mucho mas cuando se trata de ciencias completas. Por esto es indispensable, antes de dar principio á la enseñanza de una ciencia ó arte nuevas para el discípulo, examinar atentamente cuál sea el estado de su comprension, para ver si permite ó no el gran complejo de nuevas representaciones que abraza cada una de ellas para el que las ignora del todo; si esto no se tiene en cuenta, acaso serán vanos los esfuerzos y vanos los resultados, por no ser adecuadas á la fuerza comprensiva.

§. XIX.

DE LA CLARIDAD DE LA ENSEÑANZA.

Muy bien puede suceder que las representaciones comunicadas por la enseñanza al discípulo sean verdaderas en general, y presentarse sin embargo á su inteligencia con cierta oscuridad que no le dejen percibir distintamente todas las nociones que ellas comprendan. Semejante defecto de claridad puede proceder, ya de una comprension inexacta, ya tambien de haberse borrado de la memoria las nociones concebidas. Esto acaece con tanta mayor facilidad, cuanto mas extensa es la serie de representaciones que son necesarias para venir en conocimiento de la idea ó ideas que se pretenden percibir. Así sucede, por ejemplo, cuando es necesario traducir una palabra de un idioma extraño para atraer la idea que se busca; cuando el discípulo por no haber atendido no comprendió todas las representaciones; cuando se mezclaron en la explicacion muchas que le eran desconocidas y que por lo mismo no pudo comprender, lo que por necesidad desfigura la pureza de las ideas, y tambien cuando estas no se refrescan por la repeticion. Así mismo puede suceder, segun se ha dicho, que la fuerza de comprension no esté todavía desarrollada lo bastante para enterarse de lo que se le pretende enseñar, mayormente cuando es muy corto el tiempo determinado para concebir la idea. La confusion, pues, que acarrea la indicada oscuridad es causa de que

no se puedan recordar cuando se quiere las representaciones necesarias para venir en conocimiento de tal ó cual concepto, y por consiguiente de que el espíritu no pueda valerse de ellas en sus operaciones; debilita además el influjo que deben ejercer sobre las facultades de *sentimiento y tendencia*, y hace por último que sean mas fugaces tales representaciones que las claras. Hasta se puede decir, que en algunos casos es mejor carecer absolutamente de semejantes representaciones confusas, porque, sobre no haberse conseguido provecho alguno con ellas, han destruido el atractivo de la novedad para otras afines ó parecidas.

Pero hay mas: la claridad de las representaciones es tambien relativa. Ningun hombre contempla las imágenes espirituales con la claridad que las que proceden de cosas materiales; en el primer caso carece siempre de algunas nociones, al paso que en el segundo las puede percibir todas distintamente: diferente es tambien la claridad con que contempla el niño, de la que contempla el adulto; esta es mucho mayor que aquella, y no porque se hayan dejado de ofrecer á su percepcion los elementos necesarios; estos pueden existir en efecto y faltar sin embargo las particularidades, ó bien que estas se confundan entre sí, aun sin contar con lo que el tiempo destruye continuamente.

Para prevenir, pues, la falta de claridad, que es tan esencial á la enseñanza como se acaba de demostrar, preciso es que la instruccion sea lo mas inmediata posible, es decir, que donde se pueda presentar el objeto cuya imagen

se pretende representar en la mente del discípulo, no se debe contentar el maestro solo con la mera descripción verbal, sino que deberá ofrecerlo realmente á la contemplación de aquel: que debe preferir comunicar sus representaciones reales á las que haya podido tener de lo que hubiere leído: que debe anteponer á lo que á otros haya sucedido las propias experiencias del discípulo, pues estas podrá atraerlas con mas facilidad y distinción.

El laconismo en la explicación es otra de las cosas esenciales á la enseñanza. Así que, es necesario no valerse de mas palabras que las absolutamente indispensables. Además, lo que se puede aprender en la lengua nativa no se estudie en una extraña; pero en todo caso, la materia propuesta debe estar en justa correspondencia con el mayor ó menor grado de desarrollo de la comprensión del discípulo. Para juzgar de este extremo no sirven en manera alguna meras suposiciones, sino que únicamente se debe proceder en virtud de previo exámen; por consiguiente, de lo concreto á lo abstracto, de lo simple á lo compuesto.

Las nociones complejas deben ser analizadas en cada una de sus simples por el maestro, y comunicarlas así al discípulo distintamente y en tal orden, que pueda este hacer un nuevo análisis de cada una, subdividirla en otras mas simples todavía, y construir por último la totalidad de los elementos percibidos, ó sea la síntesis.

También es necesario que el maestro se detenga en la explicación de cada objeto el tiempo

suficiente para que el niño lo pueda comprender por todos lados y á su satisfaccion, dejándole descansar despues un rato, á fin de evitar el fastidio que de lo contrario podria fácilmente apoderarse de él. Concluida dicha pausa, vuélvase á tomar el hilo interrumpido cuando todavía permanecen con claridad en la memoria de aquel los vestigios de las representaciones comunicadas, y añádanse nuevas nociones en cada repeticion, para que no se pierda el atractivo de la novedad.

Las representaciones serán tambien tanto mas claras, cuanto mayor sea el número de los órganos por donde se han de comunicar al espíritu, y mas variado el modo de considerarlas. Los medios por los cuales se promueve y aviva la atencion, son al mismo tiempo los de aclarar las representaciones, pues cuanto mas atento esté el discípulo, y salga, digámoslo así, su espíritu á encontrarse con el del maestro: cuanto mas auxilie la voluntad á la actividad involuntaria de la facultad de comprension, tanto mas perfectas serán las impresiones que hagan en su alma las ideas ofrecidas á su percepcion.

§. XX.

DE LA SOLIDEZ DE LO APRENDIDO.

Lo que se ha aprendido con claridad fácilmente queda grabado en la memoria, pues el medio mas á propósito para hacer duraderas las representaciones, es que estas sean tan cla-

ras al principio, que pueda apropiárselas el espíritu. Sin embargo, como la memoria no tiene igual fuerza en todos los individuos, sino que en unos es mas débil que en otros, suele suceder que á pesar de la claridad con que aquellas hayan sido comunicadas, no se fijan en todos igualmente. Por esto es necesario indicar además otros medios de que pueda valerse el maestro para hacerlas duraderas, toda vez que sin esto de muy poco sirven aun los mas excelentes conocimientos. Porque si cada una de las representaciones permaneciera fija no mas que el tiempo intermediario de otra nueva, de ninguna manera sería posible su combinacion, ó en otros términos, el hombre no podría pensar. Y aun suponiendo que su duracion fuera mayor de la que suelen tener generalmente las representaciones involuntarias, ¡qué pocas serian las que se podrían atraer á la memoria por nuestra voluntad, y valernos de ellas por consiguiente para los fines del espíritu! Una ciencia sería imposible, y hasta la escritura misma serviria de muy poco, sino pudieramos tomar de la memoria las representaciones intermedias.

Los medios para conseguir este fin son por la mayor parte los de fortalecer al propio tiempo la memoria, y por lo tanto doblemente importantes.

El primero consiste en la asociacion de ideas. Todas las representaciones, siguiendo la misma naturaleza que todos los demás productos del espíritu, tienen la cualidad de atraer á sí todas las afines y ponerlas en nuestro conocimiento por consiguiente; siendo de notar

que dicha afinidad es mucho mas vasta entre las representaciones , que entre los sentimientos, tendencias y conatos , pues que no se limita á atraer tan solo lo que tiene una conexion intrínseca , si que tambien los accidentes externos que á ellas pueden agregarse como por casualidad.

La simultaneidad, pues, ó sea la serie de ideas que se suceden inmediatamente, hace que se afirmen y provoquen mutuamente, pero aun mucho mas la conformidad lógica de las mismas. Así que, las representaciones serán tanto mas duraderas, cuanto mayor sea la variedad con que se hayan asociado; mas como para que esto se verifique es necesario principiari desde luego por formar poco á poco dicha asociacion, por medio de la agregacion sucesiva de nuevas percepciones á las ya existentes y fijas, he aquí que se presenta de nuevo la necesidad de una progresion gradual en la enseñanza en un sentido diverso del que antes indicamos. Porque es claro que las pocas representaciones simples que tiene en un principio el niño son el fundamento de los conceptos mas refinados y series mas complicadas ulteriores, toda vez que siempre se van asociando progresivamente nuevas ideas á las ya existentes. Pero no es esto bastante; necesario es además que las representaciones comunicadas se repitan cuantas veces lo exija la naturaleza de las mismas, á fin de que no se olvide lo concebido, como de lo contrario sucederia. Así, pues, siempre que se haya comunicado una larga serie de ideas en un orden determinado y con signos precisos, de los cuales

no se puede prescindir sin destruir su exactitud, es necesario hacer que estos se aprendan de memoria. Para conseguir esto último con facilidad y prontitud, preciso es evitar en lo posible toda interrupcion, no menos que la continuacion hasta el cansancio. Por lo mismo será muy conveniente determinar en todo caso y para cada vez una cantidad de trabajo conforme á la fuerza de memoria de cada discípulo, sin permitir pasar mas adelante hasta que se haya aprendido perfectamente lo anterior. Además: el estudio de memoria se hará tanto mas fácil, si la actividad de esta potencia es auxiliada á la vez por todas las otras del espíritu, de suerte que no solo trabaje la primera procurando atraer á sí y apropiarse los signos, si que tambien el entendimiento los conceptos y la imaginacion las imágenes, y siempre que á la vez tambien esten ocupados en la recepcion de los signos la vista y el oido. Sin embargo, durante la repeticion indicada no debe darse lugar á una reflexion circunspecta sobre el contenido, pues esto entorpece la memorizacion, al paso que la rapidez de la comprension la favorece. Por consiguiente las horas mas á propósito para dedicarse con fruto á dicho trabajo mental, serán aquellas en que el espíritu está mas descansado, así como tambien antes de dormir, toda vez que al despertar continúa la misma serie de representaciones que percibió antes de dormirse, sin que en el intermedio hayan ocurrido otras diferentes que puedan distraerle.

Por último: dicho estudio intencional de repeticion debe hacerse periódicamente y tantas

*

veces como sea necesario, procurando evitar sin embargo el cansancio y el fastidio que pueden resultar, en cuyo caso se vienen á la imaginacion del que aprende ideas extrañas al objeto principal, que hacen inútil todo el trabajo. Es necesario tener en cuenta, que cuando falta la cooperacion de la voluntad y por consiguiente la atencion, es imposible puedan fijarse en la memoria las representaciones.

§. XXI.

DE LA ACTIVIDAD PECULIAR DE LAS REPRESENTACIONES ADQUIRIDAS.

No basta para que la enseñanza sea completa, que el discípulo reciba en sí simplemente las ideas tal como se las comunica el maestro; necesario es además que estas se desarrollen con cierta independendia, no solo porque es imposible que este pueda comunicarlo todo y contar mas bien con la perfeccion ulterior, sino además porque en nada pueden servir para la ilustracion del individuo las representaciones que yacen como muertas en su alma. Es verdad que es absolutamente contrario á la naturaleza del espíritu y por lo tanto imposible la completa inaccion de lo que una vez vive en él; pero, como á pesar de eso puede muy bien existir dicha pasividad de representaciones hasta un muy alto grado, preciso es valerse en todo caso de medios preventivos contra este mal.

Es, pues, necesario tratar de perfeccionar toda idea comunicada, aunque no se haya aso-

ciado durante la enseñanza á serie alguna, por medio de la reunion con otras afines que atraigan el recuerdo sin una intencion especial, procurando además que todas ellas ejerzan cierto influjo en las facultades de sentimiento y tendencia, y ante todo que puedan servir convenientemente á la voluntad. Y como que el todo de la formacion de representaciones que es objeto de la enseñanza consiste solo en pensar, claro es que la instruccion será tanto mas acertada, cuanto mas anime directamente á pensar y mediatamente á sentir. Esto se conseguirá en parte de por sí, cuando se hubiere cumplido con las exigencias antes indicadas, es decir, si las percepciones del discípulo han sido verdaderas, claras y permanentes; en parte tambien por la influencia simpática del maestro. Porque las representaciones son recibidas por aquel en la misma forma que han sido comunicadas por este; de suerte que, si su enseñanza va acompañada de viveza, de cierto espíritu creador y de un sentimiento activo y enérgico, los resultados tendrán tambien este carácter de actividad propia, y se reproducirán las ideas del maestro con igual energía en el discípulo y vice versa.

La alegría que ocasiona el aprender, debida en parte á la apropiacion que de lo enseñado se verifica en el espíritu del que aprende y á la contemplacion satisfactoria de este de los productos adquiridos en su virtud, en parte tambien á la accion de los sentimientos agradables que el maestro debe agregar al estudio para atraer la voluntad de aquel, es otro de los medios de animar la actividad propia de las ideas

comunicadas. Las preguntas acerca de lo enseñado, así como el exigir de los discípulos la formación de productos complejos de los elementos dados, son igualmente ejercicios necesarios al mismo efecto. Pero en esto preciso es proceder con gran pulso, observando siempre una progresión gradual y esmerada, si se ha de evitar el malogro del intento apetecido, en cuyo caso se debilita el zelo del que aprende. así como tambien para prevenir el fastidio consiguiente á la proposición de tareas sobre cosas insignificantes. Mas, de cualquier modo, á los productos complejos deben siempre anteceder las reproducciones correspondientes, las cuales tambien suelen ser bastantes de por sí en muchos casos. El maestro no obstante debe indicar detrás del fin próximo otro mas remoto, y prepararse convenientemente para conseguirlo.

§. XXII.

DE LA MORALIDAD DE LA ENSEÑANZA.

Ninguna representacion es de por sí moral ni inmoral, sino solo en virtud de la diversa influencia que unas ú otras ejercen en las facultades de sentimiento y tendencia, ó mas bien por la actividad que excitan, contraria ó conforme á la razon. Por eso es que puede muy bien suceder que una misma representacion obre en uno moral y en otro inmoralmente. Pero, como no es posible que el maestro sepa á ciencia cierta de antemano qué efecto han de

producir en el discípulo las representaciones que ha de comunicar, aunque sí con bastante probabilidad, su accion debe dirigirse en este sentido. Sin embargo, parece fuera de duda que tanto los ejemplos del mal como los del bien comunicados en una forma agradable, excitan tambien al mal ó al bien al niño. Menos seguro es el resultado del procedimiento negativo, como, v. gr., si se habla del mal con disgusto. La imágen del mal envuelve ya en sí cierto incentivo seductor, y no siempre es dado al maestro destruir la impresion que causa. En general la probabilidad acerca de la moralidad del discípulo será tanto mayor, cuanto mayor sea tambien la inocencia de su facultad de representacion, ó, lo que es lo mismo, cuanto menos representaciones tenga del mal.

Mas, como el maestro debe suponer que sus comunicaciones no son precisamente las únicas que aquel recibe, necesario es que prevenga en algunos casos la impresion perjudicial que puedan hacer en el primero las comunicaciones extrañas. Pero no basta alejar del niño las representaciones de acciones malas, sino que es menester además preservarle de las apariciones que suelen acompañar á aquellas; porque la asociacion de ideas siempre es activa, y segun la vida comun actual, rara vez se podria esperar que el jóven siguiera el bien, despues de terminada la enseñanza.

El influjo simpático que el maestro ejerce sobre sus discípulos contribuye en gran manera á la direccion moral de las ideas de estos. Si aquel es amante de lo bueno, y manifiesta una

verdadera repugnancia al mal, este sentimiento se comunicará tambien á sus discípulos, y sus representaciones se asociarán en conformidad de este impulso. Por esta razon un maestro puede explicar muchas cosas, que no podría otra persona sin despertar en los niños ideas malas accesorias. Por último: si las excitaciones de que se vale la enseñanza para promover la moralidad en los discípulos han de ser duraderas, necesario es evitar el fastidio con una repeticion moderada, al paso que despertar en aquellos los sentimientos mas agradables que sea posible.

Un método árido de instruccion moral no es, pues, el mas á propósito para dirigir las representaciones del discípulo en este sentido, así como tampoco lo sería el que se propusiera fijar en la memoria largas series de comunicaciones, y mucho menos el que tratara de conseguirla por el análisis lógica de lo bueno y bello de la vida, sino el que tan solo se valga de ejemplos vivos tales como los produce la vida misma aunque sin una conexion ó aplicacion visible en lo exterior, como son, v. gr., los cuentos tomados de la vida práctica, pero sin muchos preámbulos. Los hechos son los que deben hablar, y el maestro pronunciar su juicio breve y enérgicamente.

§. XXIII.

DE LA CONFORMIDAD DE LA ENSEÑANZA CON LAS CIRCUNSTANCIAS DEL INDIVIDUO.

En el §. LXI del tomo I, se dijo que la educacion debia acomodarse á las circunstancias exteriores del individuo; de suerte que la conformidad de la enseñanza á dichas circunstancias exteriores, de que vamos á tratar, no es mas que otra aplicacion de aquel principio.

Como que las representaciones para las diversas relaciones de la vida son precisamente las menos comunes, y su extension y refinamiento exige gran dispendio de tiempo y de intereses, sería muy perjudicial que la instruccion no se adaptara á las circunstancias individuales, á pesar de que para ello sea necesario muchas veces reprimir las tendencias que se manifiestan en el que aprende á ensanchar mas y mas la esfera de su instruccion con notable disgusto del mismo (1).

(1) Se suele decir comunmente que el saber no ocupa lugar ni hace daño; pero no se tiene en cuenta que se necesita una gran fuerza de razon y de voluntad en el individuo para que no haga valer su ciencia, haciendo aplicaciones que, cuando menos, roban el tiempo necesario para otras cosas; y

Hay efectivamente conocimientos y series de conocimientos que son convenientes á todas las clases, edades y posiciones; pero su número es bastante limitado en proporcion, pues se reduce solo á los mas elementales. Todos los demás deben escogerse en razon al uso que de ellos se puede hacer individualmente, ó mas bien, en razon á los efectos que producen. A la verdad que muy bien pudiera creerse que el adulto que en su infancia y juventud aprendió mas de lo necesario á su vida individual, podría refrenarse á sí mismo, prefiriendo lo necesario á lo agradable, así como tambien que no sintiera descontento de su posicion al volver su vista á otras mas cómodas; sin embargo, esta fuerza de voluntad es en extremo rara, y por lo tanto no la debe presuponer el maestro como una cualidad general de los discípulos (1).

cuando falta la superioridad de inteligencia y la energía necesarias se origina en su lugar una estimacion excesiva de sí mismo, y una gran irritacion contra las circunstancias reales. A esto se agrega, que el aumento de ciencia sin otro proporcional de moralidad, no solo destruye la felicidad del propio individuo, sino que pone además en peligro la tranquilidad de la sociedad en que vive. He aquí porqué son tanto mas temibles los ladrones ilustrados. La enseñanza por consiguiente debe estar siempre en una justa relacion con la moral.

(1) Es indudable que vendrá un tiempo en que se generalizarán los conocimientos que hoy dia constituyen la propiedad de unos pocos, en cuyo caso no será de temer que despierte la vanidad. Sin embargo, en-

Con la mayor circunspeccion y parsimonia se debe proceder en la enseñanza de toda clase de series de representaciones que encierran en sí muchos atractivos, y que seducen por lo mismo á ocuparse en ellas mucho tiempo, como son principalmente los productos de la fantasía (1) y todos aquellos conocimientos que se consideran como una cosa rara y distinguida, y que despiertan por consiguiente la vanidad del individuo que los posee; porque tambien son estos precisamente los que mas se oponen á las exigencias mas urgentes de la vida práctica.

No menos perjudicial es durante el tiempo de la enseñanza la falta de consideracion á las circunstancias particulares del discípulo en cuanto á la clase de conocimientos que se le comunican. En semejante caso no es difícil que las ideas adquiridas por éste formen un contraste desagradable con las de sus padres que, pene-

tonces lo mismo que ahora, se conocerán tambien otros grados mas sublimes, á que aspirarán siempre algunos ambiciosos, en perjuicio de su felicidad y perfeccion.

(1) La lectura de novelas no es ni con mucho tan perjudicial á las clases acomodadas, como á las pobres. Pero en todo caso no podrá menos de viciar los mejores sentimientos, sino va precedida de una conveniente preparacion. ; Cuán dignas de lástima no son todas aquellas personas de baja esfera, como los criados, v. gr., que se ocupan en las horas de ocio en leer novelas, que no les sirven mas que para trastornar su juicio y viciar su corazon ! así vienen á ser víctimas de la mas grave perdicion.

trando en la familia, perturbe á cada paso la dulce armonía de la vida doméstica, así como tambien puede originarse un vano desco hácia ideales fantásticos y un disgusto de lo realmente existente.

Pero si, por el contrario, se limita á una esfera mas reducida que lo que permiten dichas circunstancias, no habrá cumplido su mision, que es, como ya se ha dicho varias veces, aspirar á realizar en el individuo la mayor perfeccion posible en primer lugar; y en segundo podrá acarrear mas tarde al adulto un continuo disgusto cuando llegue á conocer que pudieron haberle dado una mayor instruccion, lo cual le irritará contra sus padres y maestros, viniendo á perturbar en su consecuencia las mas hermosas relaciones de la vida humana. Es verdad que al maestro no siempre le es dado prevenir todos estos males; pero circunscribirse ó extralimitarse mas allá de lo que aconseja la razon, siempre es cometer un pecado contra la generacion que se educa.

§. XXIV.

DEL DESARROLLO DE LA FACULTAD DE REPRESENTACION EN GENERAL.

La facultad de representacion es sin duda alguna la mas capaz de un cultivo positivo y arbitrario, si atendemos á que, poseyendo los medios mas determinados de comunicacion con respecto á ella que á todas las demás facultades

del hombre, dependen casi absolutamente sus productos de nuestra voluntad; pues no solo poseemos el lenguaje, si que tambien la escritura, á la par que todo el conjunto de representaciones que se ofrecen á nuestros sentidos.

La actividad que emplean los adultos con el fin de comunicar á los niños dichas representaciones para el desarrollo intelectual de estos, constituye la enseñanza, la cual se llama *formal* cuando solo se propone vigorizar las facultades del espíritu, y *material* si solo se dirige á hacerles adquirir conocimientos y habilidades determinadas.

Aunque estos dos fines de la enseñanza es imposible separarlos exactamente en la práctica, segun se dijo ya en otro lugar, pues que ambos constituyen uno comun en realidad, y solo se le puede dar por consiguiente uno ú otro nombre segun que prepondere el primero ó el segundo objeto, vamos á tratar sin embargo en general de todo lo que podria y deberia conseguirse por la enseñanza formal, dando por supuestas las condiciones antes enunciadas de verdad, claridad, duracion, moralidad y conveniencia de todas las representaciones.

En el §. XIII de este libro, tratando del ejercicio de los sentidos, dijimos ya en parte lo que debia hacerse para cultivar las facultades de percepcion y contemplacion, como primer elemento de desarrollo de la de representacion, pues que ejercitando los sentidos se obliga al espíritu á la formacion de numerosas y determinadas ideas. De suerte que, solo nos resta ahora determinar, no el desarrollo, sino la ca-

lidad de dichas nociones que puedan servir de sólido fundamento á imágenes y conceptos duraderos. Una gran parte de esta tarea corresponde á las madres, como las primeras personas encargadas inmediatamente de la educacion del infante desde su nacimiento; pero mas tarde pertenece al maestro generalizar, arreglar y completar las indicadas nociones de la infancia.

El niño en el regazo de su madre debe ver, oir y tocar los objetos; y de la mayor ó menor vivacidad con que ejecute estos actos, se puede ya inferir tambien la mayor ó menor actividad de su facultad de representacion. Pero en todo caso es necesario cultivar la atencion, principalmente en los que se manifieste mas inactiva, por medio de atractivos ó excitaciones convenientes, y tanto mas, cuanto que esta es la tarea primordial de la enseñanza y tambien la mas elemental. Es necesario hacer que la voluntad aumente, digámoslo así, los atractivos casuales que tal vez son demasiado débiles, y aun que los llegue á suplir en ciertos casos; pero para esto lo primero que se ha de procurar indispensablemente es captarse la voluntad débil del niño. Por eso no hay que cansarse cuando no presta su atencion á la primera vez que se trata de excitar; insístase segunda y tercera y aun mas si fuese necesario, agregando á lo que se propone por objeto entonces atractivos cada vez mas fuertes, aproximando lo que solo se veia de lejos, aumentando el sonido débil, &c. &c. hasta que aquel atiende. Pero una vez conseguido este resultado, preciso es tratar de fijar la atencion, ejercitándola prudentemente mientras

no cause fastidio , pues como que su crecimiento se verifica en proporcion de su ejercicio , claro es que debe aumentarse este todo lo posible , en una constante progresion.

Al principio es indiferente la eleccion de materias sobre que ha de recaer , pues lo principal es el ejercicio mismo , segun se acaba de indicar ; mas , bien pronto es necesario elegir estos ó esotros objetos , en cuyo caso deberán preferirse todos aquellos que sean mas susceptibles de una contemplacion general de todas sus partes , aproximándolos al efecto á la vista del niño , para que sus representaciones sean así mas claras y exactas. Por esta razon no son convenientes las contemplaciones fugaces , que no pueden percibirse con toda exactitud.

Cultivando consecuentemente la facultad de contemplacion á la par que la atencion , se desarrollará naturalmente el *don de observacion* , mediante el cual se notan hasta las cosas mas pequeñas , nada se mira con indiferencia , y se reconoce el todo por las partes , y estas por la totalidad. La agudeza de la facultad de percepcion es el fundamento mas principal de toda clase de perfecciones intelectuales. Se oponen á ella , no solo el embotamiento de las facultades físicas y espirituales , si que tambien el excesivo cultivo y desarrollo del entendimiento teórico y de la fantasía , que inducen al hombre á llenar los intermedios de sus observaciones con operaciones intelectuales en el primer caso , ó bien con imágenes en el segundo , obligándole en ambos á interrumpir la observacion.

El primer grado de la actividad del entendi-

miento es la comprension de los signos con que se han de formar los conceptos, y la provocacion correspondiente de estos, que tambien pertenece en parte á la facultad de contemplacion. El niño ha de comprender primero lo que otros le dicen, para lo cual necesita percibir los sonidos por el oido, ha de reconocerlos y referirlos por último á representaciones conocidas. La dificultad de esta operacion que parece á primera vista insignificante en los niños que tienen expeditos todos sus sentidos, se conoce en aquellos á quienes falta alguno de estos órganos indispensables de comunicacion externa, como v. gr. en los sordo-mudos y ciegos. Para facilitar pues la comprension de las comunicaciones es menester expresarse con tal claridad, que puedan comprenderse perfectamente. En las escuelas de párvulos con especialidad debiera ser esto lo primero que sería preciso exigir de los maestros, porque faltando en la explicacion la claridad indicada, apenas es posible que aquellos reciban con exactitud las representaciones; inútil es decir que dicha claridad tambien es necesaria en todo lo sucesivo, porque de otro modo podrian servir de muy poco las explicaciones de la enseñanza; mas por desgracia, el defecto de claridad es muy comun en los maestros y en los libros. Toda la dificultad se deja á los que aprenden, y el maestro se contenta con entender él solo lo que dice.

Pero no basta solo que el lenguaje del maestro sea popular é inteligible al niño por lo tanto, sino que debe ser además conveniente y corresponder con precision al objeto que se ex-

plica, debiéndose aquel cerciorar además de si lo han ó no comprendido perfectamente los discípulos, y no como se acostumbra hacer en el dia con la pregunta general «¿lo habeis comprendido?», sino por medio de preguntas, haciendo una recapitulacion de lo explicado.

Por otra parte, tampoco se puede exigir de los niños que comprendan con igual facilidad que los adultos ni del mismo modo, en razon á que es imposible que en semejante edad tengan la capacidad necesaria para tener ya los conceptos tan desarrollados como aquellos; además de que tampoco se puede decir que estos sean inexactos ó falsos porque no existan sino sus contornos: las nociones internas que han de darles la ampliacion y determinacion convenientes, se adquieren despues; con esto sucede como con el dibujo: primero se trazan los perfiles, el bosquejo, y despues se perfecciona con las sombras y el colorido.

Tampoco debe el maestro rechazar como un error la equivocada comprension del discípulo en ningun caso, pues de ordinario sucede que la culpa de esto es mas bien debida á su mala explicacion; pero, de cualquier modo que esto sea, siempre debe recibir con agrado la explicacion de lo comprendido por el discípulo, y limitarse á rectificar las equivocaciones con amabilidad cuando estas fueren efectivas. Mas adelante examinaremos si es ó no conveniente en general la mera impresion de palabras en la memoria; aquí solo diremos que siempre dificulta mas ó menos la enseñanza semejante método, toda vez que dándose signos elementales

sin las correspondientes representaciones, fácilmente sucede que de un error se cae en otro al formar productos complejos, á mas de que es imposible evitar que los signos nuevos se apoyen en las representaciones existentes, de donde resulta una inseguridad en el procedimiento mental para combinar y crear nuevos conceptos basados en las imágenes percibidas de antemano. En tal caso el discípulo podrá trabajar ó no por comprender lo explicado, y como siempre es mas cómodo lo segundo, solo se conseguirá debilitar su atencion, y detener por consiguiente el desarrollo de la facultad de comprension. En esto, como en todo lo demás, jamás debe olvidarse el principio que establece la agregacion gradual y sucesiva de lo nuevo á lo conocido. El maestro que en un dia tratara de agotar en la explicacion toda su ciencia, daria una prueba inequívoca de ignorancia acerca del modo de cultivar la facultad de comprension, así como de las demás del espíritu, ó, cuando menos, de muy poco práctico en el arte de enseñar. Es indispensable, pues, que se desprenda digámoslo así de su superior ilustracion siempre que trate de basar los elementos de un nuevo cultivo, sin que por eso se haga tan superficial, que su explicacion se reduzca á meras trivialidades.

§. XXV.

DEL CULTIVO DEL DON DE HABLAR.

El órgano humano que tiene por objeto la mútua comunicacion de la inteligencia entre los hombres, puede considerarse bajo dos aspectos distintos, uno material y otro intelectual; su cultivo por consiguiente debe promoverse tambien en ambas direcciones, de las cuales la intelectual es la mas importante. En efecto: la lengua sirve para comunicarnos recíprocamente las imágenes é ideas que cada cual poseemos, y sin ella nuestra inteligencia quedaria limitada á las pocas que suministra la contemplacion de la naturaleza al individuo; en cuyo caso nos asemejariamos mucho á los animales, en razon á que las excitaciones que produce en el hombre el mundo externo aisladamente siempre son muy débiles. Y aunque es cierto que la imaginacion podria tal vez desarrollarse aun careciendo de los signos cuyas imágenes percibe, el entendimiento sin embargo, cuya accion consiste en combinar, trasformar y crear nuevos conceptos, jamás podria llegar á tener la claridad necesaria acerca de los objetos en que se ocupara faltándole los signos de los mismos, que prestan una gran seguridad á sus rápidas operaciones, ni menos transmitir cosa alguna á la memoria; de suerte que al hombre que careciese de la facultad de comunicar sus pensamientos le sería imposible igualarse en ningun caso aun al mas inferior que no le faltara este

•

medio. Por esta razon el lenguaje de un individuo como el de un pueblo pueden siempre considerarse como el metro mas seguro de la cultura de su inteligencia: por eso tambien la necesidad de valernos de la lengua si queremos cultivar el entendimiento del discípulo; pues si bien la esfera del habla es mucho mas limitada que la de aquella facultad del espíritu; si bien es imposible que la cultura del entendimiento siga un rumbo mismo con la formacion del idioma, la elemental de uno y otro sin embargo son enteramente iguales. Véase si no cuáles son los medios de que nos podemos valer para promover el desarrollo del entendimiento del niño en su mas tierna infancia, y nos convenceremos de que son los mismos que sirven al mismo tiempo para adiestrar los órganos de la locucion, cuya cultura favorece aun despues en todo tiempo la de la inteligencia.

El desarrollo físico, digámoslo así, de dichos órganos está reducido á la pronunciacion perfecta de sílabas, palabras y frases distintas y acentuadas segun lo requiera su diverso sentido, y por último á la representacion de las mismas por escrito segun la costumbre de cada pueblo. El intelectual consiste en la comprension de todo cuanto se oye de viva voz ó se lee escrito, en el conocimiento de los principios y reglas bajo que se ha formado el idioma nativo, y finalmente, en la facultad de comunicar el pensamiento con la mayor perfeccion y claridad posibles, tanto por escrito como de viva voz.

Luego que el niño comienza á comprender el significado de las palabras, es necesario aten-

der al modo con que las reproduce, para lo cual es preciso proceder con lentitud. Al principio solo se propondrán las voces mas fáciles, una á una y nunca muchas á la vez de cosas diferentes, haciéndole que las repita sucesivamente, procurando al mismo tiempo no denominar un mismo objeto con diverso nombre. Tambien es necesario hablar delante de los niños con la mayor pureza posible y pronunciar distintamente las vocales con especialidad, porque los sonidos de estas son los que ellos mas pronto notan. Así que el infante empieza á imitar las articulaciones que oye, se debe tratar de fomentar esta inclinacion natural, haciéndole repetir varias veces una misma palabra, continuando por enseñarle sucesivamente dos, tres, &c., segun vaya pronunciando las primeras, pero teniendo siempre cuidado de irle diciendo inmediatamente las de un sonido parecido. Todas aquellas voces cuya pronunciacion le ofrezca gran dificultad, deberán dejarse para mas adelante, aun cuando el objeto á que se refieran sea del mayor interés para el niño, porque sin necesidad de hacerle que pronuncie mal obligándole á repetir tales palabras, se introducen siempre mil resabios en el lenguaje infantil, que es preciso no aumentar artificialmente; sin embargo, cuando ocurran tales defectos preciso es no reirse de ellos, sino hacer caso de lo que dice el discípulo, sin adoptar tales nombres por esto, y rectificar las equivocaciones para no prolongar semejantes vicios. Las articulaciones cuya pronunciacion trate de evitar este es necesario enseñárselas, pero sin hacérselas re-

petir tantas veces que llegue á fastidiarse; porque la dificultad nunca es tal, que solo pueda vencerse con el tiempo, sino que casi siempre es debida á una falsa vergüenza y tambien á cierta especie de indolencia, favorecida por el descuido de los padres, que muy luego desaparecen en las escuelas de párvulos.

Este es el lugar mas oportuno de satisfacer á la pregunta de si sería ó no conveniente acostumbrar á los niños á una pronunciacion mas pura que la de los adultos que les rodean. En general se puede contestar afirmativamente; porque si el fin de la educacion y enseñanza no se limita tan solo á la perfeccion del individuo, sino que aspira á realizar esta en todo el género humano, necesario es que el vulgo aprenda á hablar mejor que en la actualidad. Sin embargo, como por lo comun suele haber una gran diferencia entre las personas que rodean al niño, preciso es hacerse cargo de ella antes de obrar; porque cuando la pronunciacion de estas, y en general su modo de expresarse, dista mucho de ser puro y correcto, es mucho mas difícil enseñar á hablar bien á aquel, que en el caso contrario; además, en el primer caso hay necesidad de luchar con otra clase de inconvenientes, que sino se salvan de una manera hábil, pueden acarrear perjuicios notables al niño, como sucederá indudablemente siempre que este se vea precisado á rechazar como defectuoso é incorrecto el lenguaje de sus padres, en cuyo caso es muy probable que se origine insensiblemente cierta arrogancia que inspira por lo comun la superior ilustracion, con lo cual se

podria creer superior á ellos. Por esto será lo mas acertado, en primer lugar no consentir que hable el niño en un lenguaje mas bajo que el correspondiente á su esfera; de suerte que, no debe tomar por regular la pronuncacion de los criados, v. gr.; y en segundo, enseñarle á leer y escribir con perfeccion é inteligencia: ahora, la diferencia que debe haber entre la escritura y la manera comun de expresarse, depende enteramente de las circunstancias individuales. Pero en ningun caso se debe consentir que la expresion carezca de ingenuidad, pues nada es mas repugnante que la pretension decidida que en todos los niños se manifiesta de hablar bien, mientras les falta la habilidad realmente.

Tan luego como hayan salido bien los primeros ensayos del habla, es necesario que se encargue una persona de cultivarla, aunque no sea precisamente un maestro, pues lo que importa sobre todo es rectificar los resultados que obtiene el niño sin cesar del trato y comunicacion con otras personas, y conformar las palabras á las representaciones, para elevarle así á un grado mas general de ilustracion. En la familia el padre es quien debe hacerse cargo de esta direccion si buenamente puede, y tambien el ayo si lo hubiere, y si no, corresponde á los maestros de instruccion primaria en las escuelas de párvulos.

Estos ejercicios deberán ser sustituidos lenta y gradualmente por la enseñanza intuitiva, ó sea la contemplacion, que es el gérmen de toda la instruccion sucesiva; porque, formándose los

conceptos de las contemplaciones, claro es que ellas son la fuente del pensamiento, que necesita determinarse, ó mas bien recibir su forma en último resultado por medio del lenguaje. La enseñanza contemplativa es tanto mas necesaria, cuanto que no solo sirve para corregir los muchos conceptos equivocados debidos á comunicaciones defectuosas, si que tambien para precaver el hablar sin saber lo que se dice.

Es en verdad un don inapreciable de la próspera naturaleza el impulso de imitacion que se manifiesta en la infancia, el cual incita desde luego al niño á apoderarse de las palabras que oye, porque le sirven en cierto modo de diversion; sin embargo, se debe procurar que esta especie de juego no dure por mucho tiempo, si se han de evitar los perjuicios que puede acarrear en otro caso. En efecto: hay muchos niños que aprenden de memoria una multitud de palabras que no entienden, y que recitan á cada paso delante de otras personas para distraerlas; y como que en tal confusion no reúnen ninguna idea, no forman ningun concepto de todas ellas, semejante vicio cede, como no puede menos de suceder, en perjuicio del desarrollo intelectual, al paso que se origina tambien la charlatanería, que es tan agena de la verdadera ilustracion. ¡Cuántas simplezas y necesidades no dirian mas tarde los niños sino se hubiese procurado acostumbrarlos desde luego á representarse con exactitud la imagen correspondiente á cada palabra! Mas no se crea por eso que pretendemos exigir hablen como sabios; solo sí como niños modestos y discretos, ó, lo que es

lo mismo , que imiten las palabras y pensamientos, arreglándolos siempre á sus modelos segun lo permita su edad : que sino les es dado todavía comprender ni expresar la totalidad de un concepto, lo hagan por partes, pero siempre con verdad: si bien jugando, en continuo progreso sin embargo.

No faltan maestros que exigen de los niños ya algo crecidos pensamientos originales que tengan una conexión propia , porque creen , aunque sin fundamento alguno, que esta temprana originalidad es la principal y mas infalible prueba de una cabeza bien organizada; pero la experiencia nos enseña diariamente lo contrario con muy ligeras excepciones. Constantemente se observa que los niños que hablan y escriben congruentemente desde muy temprano no son los de mas talento , y sí antes bien los mas superficiales; de suerte que, tales adelantos prematuros no pueden ser debidos sino á la superficialidad de la contemplación. Por lo demás, dicha originalidad de conceptos no es otra cosa que una mayor facilidad de combinar las percepciones é ideas, que bien pronto desaparece cuando se hacen exigencias mas complicadas y serias al entendimiento. En virtud de esto claro es que no debe haber inconveniente en permitir á los niños que apoyen sus conceptos infantiles en los modelos propuestos por la enseñanza, contentándonos con exigir una simple reproducción de los mismos, que es lo muy bastante para ejercitar el lenguaje; discernir el uso de los signos para expresar con precisión un pensamiento existente, es una tarea harto difícil todavía para la inte-

ligencia infantil. Sin embargo, en los casos en que no se puede prescindir de que el niño piense por sí mismo, preciso es ayudarle á afianzar las ideas que se le ofrecen al efecto.

La correccion de los defectos de lenguaje que se notaren, deberá hacerse con templanza é indulgencia y de modo que sirva para animar al discípulo. Pero por otra parte tambien es necesario procurar que el oido se vaya acostumbrando desde luego á notar las faltas que se cometan en el habla no solo de los demás sino tambien en la propia, para poderlas así evitar. Los ejercicios de escritura deben limitarse á reproducir lo que se hubiere dicho de viva voz.

Pero no se crea que el fin de la enseñanza se limita únicamente á desenvolver la inteligencia infantil para que pueda comprender con perfeccion las ideas y conceptos propios y ajenos, sino que se propone además cultivar el sentimiento de lo bello y dirigir al discípulo siempre en este sentido; y como que el lenguaje es el medio que mas se adapta para representarlo en general, claro es que se debe cultivar en esta direccion. La música, el dibujo y la pintura requieren siempre algun arte no solo para poder producir aun el menor resultado, si que tambien para conocer y saber apreciar su mérito; pero la belleza del lenguaje es percibida hasta por los niños, y les encanta. El compás de los versos sencillos, la ritma, las imágenes poéticas, todo encuentra siempre una acogida favorable en el tierno corazon del jóven, porque todo ello afecta sus sentimientos. Por eso en esta

edad no se debe atender tanto á la inteligencia como al sentimiento; en ella se sienten en realidad muchas cosas, aunque no se puedan todavía descifrar en el entendimiento. Mas lo bello no solo debe ser percibido por la vista, sino además por el oído. El maestro por lo tanto debe siempre leer con arreglo al arte, pues solo así es como puede adquirir el discípulo un sentimiento profundo en dicho sentido estético, que le obliga á imitar de viva voz las representaciones comunicadas. Estos ejercicios empero deben siempre hacerse sin afectacion ni exageraciones, si han de producir el efecto apetecido, que es como se acaba de indicar el desarrollo del sentimiento de lo bello en el lenguaje. Así es como puede amoldarse, si nos es lícita esta expresion, á los modelos propuestos, sin que sea visto que proceda su formacion visiblemente de elementos ó signos aislados del idioma. Los medios principales que conducen al fin indicado son el oído, la lectura y la repeticion de trozos escogidos. Sin embargo, en esto es preciso prevenir los errores á que puede dar lugar la lectura pasiva, y tambien la libre eleccion de libros sin tener en cuenta la progresion constante en que debe procederse. En general la prosa debe anteceder á la poesia, y todo aquello que sea mas inmediatamente imitable, deberá proponerse antes que lo mas trabajoso. Así que, es preciso establecer una justa y sucesiva graduacion desde la fácil fábula que el niño aprende de memoria, hasta la oracion libre é independiente.

§. XXVI.

DE LA CULTURA DEL ENTENDIMIENTO.

Despues de la memoria, ninguna otra facultad del espíritu es capaz de mayor desarrollo, ninguna que sea mas importante, ni en que mas pueda influir la enseñanza por lo mismo. Sea cualquiera la clase de instruccion que se le dé, con tal que fuere acertada, necesariamente ha de activar el entendimiento y ejercitarlo por lo tanto. De suerte que, si la instruccion se reduce al mecanismo de la memoria, no es culpa de su materia, y sí solo del maestro que la dirige sin promover á la vez la actividad de aquel. No hay necesidad de repetir aquí lo que se dijo en el § 24 acerca del cultivo de la facultad de percepcion, como medio indispensable para llegar al entendimiento.

El oficio principal del entendimiento consiste en juzgar, en lo que principia á ejercitarse desde luego en el niño por medio de la lengua; en efecto: cada vez que oye una palabra se ve precisado á juzgar cuál de las representaciones adquiridas corresponde al signo oído, así como, al contrario, tiene que examinar todas las palabras que posee en su memoria cada vez que recibe una contemplacion, para conocer cuál de ellas cuadra á las nuevas percepciones, y decidir en su consecuencia si tiene ó no un signo para representárselas. Tambien corresponde á esta facultad la deduccion: como que el significado de cada signo no es inmediato, y sí solo

se viene en su conocimiento por analogías ó probabilidades, con arreglo á estas debe deducir lo que es ó no exacto. Pertenece además á su esfera discernir acerca de la conexi6n, correspondencia ó semejanza entre dos ó mas objetos, si el uno solo es una noci6n ó parte, si el otro es la causa, cuál el efecto, &c. Y aunque es cierto que todo esto se expresa con la lengua, el entendimiento sin embargo debe asegurarse primeramente de la exactitud de la expresi6n, por la distinci6n preliminar que de todas las ideas é imágenes hace. Por último: hay conceptos mas sublimes y que se remontan mas y mas sobre las contemplaciones, para los cuales es indispensable sustraer, abstraer y combinar, siendo esta su propiedad mas eminente. Así es como penetra el entendimiento en todas sus distintas fases en las ciencias y artes y las ensancha.

En los niños pequeños sin embargo, solo pueden promoverse poco á poco todas estas actividades, procediendo del minimum al maximum por medio de ejercicios intelectuales convenientes y en union con la enseñaanza contemplativa; porque las contemplaciones sin pensar acerca de ellas, solo son propias de los animales, así como, por el contrario, los ejercicios intelectuales sin contemplaciones no pueden ser sino palabras que nada significan, y que por lo mismo á nada pueden conducir tampoco. Ni de estas ni de aquellas sin embargo puede deducirse la graduaci6n sucesiva de esta gimnasia del espíritu, ni mucho menos de la gramática, sino de todos tres elementos á la vez. La contemplaci6n ofrece el fundamento para el análisis principal;

las actividades del entendimiento cooperan á realizarlo, y el lenguaje completa el resultado.

La lectura correcta y el estudio de la gramática del idioma nativo ú otro extraño forman una gran parte de los ejercicios intelectuales que se deben proponer á los niños algo mas crecidos; y por último el estudio de la sinonimia, como el complemento de los que pertenecen al habla. Pero á la par de esta cultura lógica necesario es promover tambien la matemática y la práctica, ambas de suma importancia en su género respectivo, porque todas tres se ayudan y completan mutuamente. De nada serviría, v. gr., la direccion lógica de por sí sola, cuyos elementos estriban en el lenguaje, pues no podría producir otro resultado que un mero juego de palabras y conceptos. Lo mismo se puede decir respecto á las otras dos: si se tratara de promover aisladamente la cultura del entendimiento en el sentido matemático, se enervaría la fuerza de contemplacion; y si en el práctico, solo tendríamos por resultado la inconsecuencia é indiferencia en moral. Sin embargo, la lógica entre ellas es la mas importante, si se atiende á que es la que penetra en las ciencias y las hace suyas, que á ella corresponde dominar el lenguaje, facilitando así la expresion y apoderándose con exactitud de las comunicaciones extrañas, y mucho mas si se le agregan la agudeza y el chiste. No obstante, el entendimiento matemático supera con mucho al lógico en la agudeza de las intuiciones y en la seguridad de sus productos, porque sus operaciones son demostrables. No se contenta para sus cálculos, combinaciones y

creaciones simplemente con los signos de expresion, y busca otros mas exactos, amalgamando, digámoslo así, las imágenes con los conceptos en sus representaciones; de aquí es que se descarta para obrar de todos los pensamientos accesorios que pueden obstar á la exactitud que pretende conseguir en último término; y como el objeto del pensamiento en este caso no es precisamente la cualidad sino la cantidad de la cosa, se sabe exactamente lo que se quiere, lo mismo que lo que se puede conseguir. Mas, como la vida práctica ofrece muy pocas operaciones de dicha clase, si la cultura del entendimiento se promoviera con preferencia en el sentido indicado, se privaría al individuo de muchísimas contemplaciones tan variadas como necesarias, y sería muy fácil que, engolfado en la inquisicion de resultados simples, los buscara en muchos casos en que no pueden tener lugar. Por eso es necesario proceder con suma circunspeccion en el cultivo del entendimiento segun el sentido matemático, teniendo siempre presente que la accion de la enseñanza debe poner en armonía todas las fuerzas intelectuales á todo trance. En realidad el entendimiento práctico se puede decir que contribuye á formar la vida mas propiamente que la enseñanza, aunque es innegable que esta tambien puede contribuir en gran manera á la cultura del mismo cuando no se inventan arbitrariamente los casos que se proponen á la decision del niño, sino que se toman sucesos reales para ejemplos.

La agudeza, que es el último grado de cultura á que puede aspirar el entendimiento in-

vestigador, no necesita promoverse por ejercicios especiales, pues que todos los objetos de la enseñanza le ofrecen mas ó menos ejercicio al efecto. Pero muy bien podría preguntarse, si acaso no sería conveniente valerse de algunos medios especiales para promover el chiste? Mas, como este no es otra cosa que el resultado de un humor alegre y festivo, que en último término produce la risa, de ningun modo puede convenir con la seria apacibilidad que debe caracterizar á la enseñanza.

Finalmente: es necesario tener sumo cuidado de prevenir que el entendimiento llegue á adquirir tal preponderancia sobre las demás facultades del espíritu por su excesiva cultura, que trate de subyugar hasta á la razon misma, lo cual no sería muy difícil si la enseñanza se propusiera desarrollar preferentemente y alambicar, digámoslo así, todos los conceptos, sin tener en cuenta la armonía en que todas deben desenvolverse segun se ha dicho. Y esto sería tanto mas de temer, cuanto que acostumbrándose el entendimiento por la manera indicada á considerarlo y calcularlo todo solo por conceptos, se privaría á las representaciones del pábulo que necesitan, así como tambien á los sentimientos y tendencias; y como que todo esto presta un fuerte apoyo á la accion de la razon, claro es que, faltando ó enervándose, se ha de enervar tambien esta, y someterse por último á aquel. Así que, mientras mas se nota que nuestras costumbres favorecen este pernicioso desarrollo, tanto mayor esmero debiera poner la enseñanza en precaverlo, y evitar toda exageracion en su favor.

Pero donde muy principalmente es necesario contener al entendimiento en su esfera, es en materias de religion positiva, la cual fácilmente es conculcada en su base y destruida toda su esencia, si se permite desde temprano analizar sus conceptos. El riesgo opuesto tan decantado, de que la supersticion y ciega credulidad en todo proceden de falta de cultura del entendimiento, no es en verdad tan de temer en nuestros tiempos, como se podria creer segun los esfuerzos que se hacen para evitarlo. Los muchos errores antireligiosos que pululan en el dia por todas partes, son una buena prueba de este aserto, así como tambien la disposicion que se tiene á dar crédito aun á las noticias mas increíbles en politica y comercio.

§. XXVII.

DE LA CULTURA DE LA IMAGINACION.

No todas las representaciones existentes en el espíritu del hombre son objeto de la actividad del entendimiento, sino que muchas de ellas quedan abandonadas á la de la imaginacion. En efecto: á esta facultad corresponde perfeccionar las imágenes incompletas que por lo general en ella se representan, así como tambien combinar las mismas con tal libertad en muchos casos, que crea producciones que jamás han existido, en cuyo caso se constituye en *fantasía*.

En la infancia y adolescencia es donde se manifiesta mas activa la imaginacion que en

ninguna otra época de la vida del hombre, porque tambien en ellas es cuando mas se carece de conceptos, al paso que se presentan con mayor rapidez y vivacidad las imágenes; y como que durante dicho período falta además la perseverancia, preciso es que la imaginacion llene el vacío de las otras actividades del espíritu, completando, combinando y creando nuevas representaciones. Este juego del espíritu del hombre en dicha época, corresponde exactamente con el deseo de jugar á que tambien se siente inclinado el cuerpo. El maestro por consiguiente no necesita animar la imaginacion, sino solo en casos excepcionales; pero sí nutrirla con buenos alimentos, si quiere precaver que se busque de por sí otros nocivos, dominarla y someterla al imperio de la razon. He aquí toda la tarea del maestro respecto al tratamiento de la facultad indicada. Sin embargo, tambien debe prevenir el predominio á que puede dar lugar la cultura preferente del entendimiento de suerte que llegue á sobrepujar á la fuerza imaginativa, en cuyo caso esta irá perdiendo mas y mas en energía, hasta extinguirse por último completamente, y con ella morirá tambien el órgano de lo ideal, en perjuicio de toda la vida del espíritu.

La primera forma en que se manifiesta la actividad de la imaginacion en el infante, es representándole personas ausentes con tal viveza en algunos, que entablan conversaciones con ellas como si en realidad estuvieran presentes. Por gracioso que sea este juego y necesario á los niños que viven casi solos, se debe evitar sin em-

bargo que dure por mucho tiempo, así como tambien que exceda los límites de la vivacidad conveniente; porque de lo contrario, si el niño cuando ha llegado á cierta edad no puede separar á causa de dicho vicio de la imaginacion lo real de lo imaginario, muy bien podrá morir el sentimiento de la verdad. Por eso deben abstenerse de dar pábulo á este juego las personas que le rodean, contentándose con abandonarle al placer que sus creaciones fantásticas le inspiran. Sin embargo, de ahí no puede deducirse que se deje abandonada la imaginacion á sí misma; al contrario, se la debe dirigir en todo caso moralmente por medios adecuados. Los cuentos poéticos y narraciones de sucesos reales son el medio mas á propósito para nutrir el espíritu del niño, porque en ellos se presenta personificada la moral por decirlo así, que en otro caso no podria ser comprendida en manera alguna en una edad tan tierna, y aun en lo sucesivo siempre resplandece mas viva la luz de tales imágenes, y se ven por consiguiente con una mayor claridad, que si estas jamás se hubiesen representado en la imaginacion artificialmente. Pero en esto se debe atender á la fuerza de la memoria del discípulo, procurando no proponerle fábulas ó cuentos largos que le sea difícil retener, sino muy cortos al principio y en prosa antes que en verso, de suerte que no le ofrezca una gran dificultad recitarlos inmediatamente que los ha oido, con lo cual se ejercitará además en el habla. Los cuentos largos y en forma de novela, por muy preciosos y morales que sean, no sirven para la enseñanza de los niños, así

como tampoco muchísimos otros libros escritos á este efecto, que si bien parecen excelentes, causan sin embargo mas daño que provecho, porque en ellos se mece la fantasía en un goce pasivo, sin robustecerse por la reproduccion. Aun mas adelante el verdadero veneno de las novelas no consiste tanto en la sensualidad á que por lo comun incitan á los jóvenes, como en la perniciosa costumbre que con su lectura adquiere la fantasía de contemplar pasivamente las voluptuosas y aéreas imágenes que en ellas se pintan al vivo. Pero en todo caso, ya que se quisiera permitir á un jóven ocuparse en esta clase de lectura, debiera limitarse al menos dicha concesion á una sola por un largo espacio de tiempo, despues de haberla examinado detenidamente, y entonces hacérsela conocer, examinar é imitar hasta en sus mas minuciosas particularidades, obligándole por último á que se la aprendiese de memoria, con lo que se evitaria destruir la lubricidad á que hubieren podido dar lugar las imágenes en los primeros momentos de su representacion. Porque de otro modo, si solo se hacen pasar por la imaginacion como las figuras de un panorama, y no se trata de nutrir con ellas convenientemente el espíritu, nada mas se conseguirá que viciar la fantasía y con esto todas las facultades del alma. De aquí es que el maestro jamás debe consentir á sus discípulos la lectura privada, que siempre es errónea, sino que en todo caso, ya que se quiera darles á leer semejantes libros, deben hacerlo con su conocimiento y en voz alta, ya lean para sí, ya para otros, porque la lectura exige siem-

pre cierta actividad del espíritu, en razon á que cuando menos es indispensable mirar con atencion y pronunciar cada palabra con el debido sentido, segun la relacion en que está con las demás.

Las historias Sagrada y profana empero ofrecen un alimento mucho mas formal y provechoso á la imaginacion y á todo el espíritu. Sin embargo, el profesor es necesario que sepa prepararlas si han de producir el efecto apetecido. Sirva de regla la indicacion siguiente: los nombres, fechas, variaciones de gobiernos, cambios de dinastías, etc., ni ofrecen interés, ni tampoco instruyen; pero sí las biografías, descripciones de acontecimientos notables, con ó sin consideracion á la política, y en su conexion universal. Aun prescindiendo de su valor religioso, la historia Sagrada ocupa un lugar muy principal entre los medios de instruccion con especialidad en la edad infantil, por ser la coleccion mas preciosa de contemplaciones é imágenes religiosas y morales, que no puede ofrecer en verdad libro otro alguno.

Lo mismo que se acaba de indicar respecto á la prosa, se puede repetir acerca de la poesía. Un conocimiento de ella meramente pasivo enerva la fuerza imaginativa, mientras que el activo la robustece. Este último consiste en aprender y recitar de memoria composiciones poéticas pequeñas y fáciles al principio, para que así las pueda retener mejor el niño. La poesía popular es la mas á propósito al efecto y tambien la mas agradable á los jóvenes; querer medir el gusto artístico de estos por el de los

adultos, es un error que acarrea perniciosos resultados. Por eso jamás se debería llevar á los niños al teatro, donde se recitan piezas demasiado complicadas para su estado de desarrollo, que excitan demasiado su fantasía, sacándola así de su esfera natural. No se crea que se les priva de una gran cosa con no permitirles ni una sola vez asistir á tales espectáculos; al contrario, se le ahorran estos goces para más adelante. Pero si á pesar de todo, se los quisiere llevar, debería proponerseles la pieza representada como una contemplacion nueva, y hacerla despues que la hubiesen visto objeto de la conversacion, pues solo así podrá producir la fantasía una imágen clara y perfecta. Este procedimiento pedagógico sin embargo debe emplearse aun en la juventud de tal manera, que nunca pueda llegar á dañar la fantasía.

El dibujo, como medio de cultura de la imaginacion, es mucho menos expuesto, porque al propio tiempo que sirve eficazmente para fijar en la memoria las imágenes que ofrece la naturaleza, enseña además á distinguir mejor la belleza real de la ficticia. Sin embargo, tambien ofrece sus inconvenientes respecto á los niños de las clases altas, como es el diletantismo. Donde se habla mucho acerca del mérito ó defectos de obras artísticas no es el sitio mas á propósito para enseñar á los jóvenes, ya por la falta de verdad que por lo comun se introduce entre el sentimiento y la palabra, ya por el predominio que sobre las demás facultades intelectuales suele adquirir la fantasía, ya tambien por el me-

nosprecio con que se suele hablar por lo comun en semejantes lugares de elementos muy importantes de educacion.

La fantasía tambien puede degenerar en una manía de hacer proyectos, cuyo vicio es necesario precaver igualmente. Es verdad que el niño debe acostumbrarse á formar en su mente los planes que su espíritu prevé, y á ocuparse en su consecucion con todas sus fuerzas; pero entre esto y el extremo indicado, hay una gran distancia. Para prevenir, pues, semejante degeneracion se debe cuidar en primer lugar que tales planes no queden en proyectos, sino que, despues de examinados los medios y pesadas las circunstancias, se debe proceder sin demora á realizarlos, desistiendo empero desde el momento en que se conozca la imposibilidad de llevarlos á cabo. Así se conseguirá que la fantasía no se contente con meros castillos en el aire, como suele decirse, y se alimentará convenientemente su energía; porque en verdad, nada mas triste que un espíritu emprendedor sin sabiduría, energía y perseverancia. Por conclusion debemos indicar, que el mal de que vamos tratando es necesario prevenirlo desde la tierna infancia por medio de experiencias á propósito, que puedan aprovechar para mas adelante.

§. XXVIII.

DEL DESARROLLO DE LA MEMORIA.

El aprender en sentido limitado estriba en la actividad de la memoria que, mediante un ejercicio conveniente, se apropia las ideas que son objeto de la instruccion; las demás facultades intelectuales predisponen la materia, pero ella es la única depositaria de los conocimientos adquiridos. Por eso unas veces se la ha dado un valor excesivo, y estimado en mas de lo justo su desarrollo, y otras se la ha menospreciado, teniendo en consideracion su abuso, y esto tanto mas, cuanto que se llegó á creer por algunos que de muy poco ó nada servia existiendo la escritura y la imprenta, que podian casi suplir enteramente á aquella en la mayor parte de los casos para la propagacion de todos los conocimientos del saber. Pero si se reflexiona con mas detencion, no se podrá menos de confesar que la energía de la memoria nunca puede perjudicar, y sí por el contrario ser de mucha utilidad en todo tiempo; porque el perjuicio aparente que ocasiona su abuso no depende de su naturaleza, sino de la mala preparacion de la materia que debia apropiarse, igualmente que de la debilidad de las demás facultades que con ella están en relacion, al paso que, por el contrario, serian imposibles las mas importantes producciones de la inteligencia humana sin un cierto grado de fuerza de memoria.

La cultura de la facultad de que nos ocupamos es tanto mas necesaria, cuanto que es una de las que mas temprano se desarrollan y principian á dar fruto, así como tambien porque el crecimiento de su fuerza se verifica en proporcion de su ejercicio. A esto se agrega por último, que ninguna otra facultad del espíritu tiene una mayor conexion que ella con el bienestar físico.

Todo embotamiento de los nervios del cerebro influye inmediatamente en la memoria, enervando su energía por algun tiempo.

En la memoria se distinguen varias direcciones de su actividad, cuyo conocimiento es de suma importancia para su cultura conveniente:

a) *La concepcion del objeto á que se refiere su accion con el fin de apropiarse las nociones, ó sea la impresion en ella de su objeto.* Cuanto mas profunda sea esta, tanto mas permanecerá en posesion de las representaciones á que se hubiere referido. Para posesionarse de algunas ideas basta una sola impresion, así como tambien para todas aquellas series de representaciones que no es preciso retener con exactitud; al contrario, las impresiones se deberán repetir cuantas veces sea necesario cuando aquellas sean de mayor interés, mas largas y difíciles, hasta haber conseguido apropiarselas. En cuanto esta impresion se verifica por la repetida consideracion de signos, se llama memorizar.

b) *La retencion de lo concebido.* Su medio mas principal es la repeticion. Esta sin embargo puede muy bien no ser expresa, y refrescar sin embargo las ideas ó imágenes que tiene por

objeto, mediante la afinidad ó asociacion de otras que se procuren recordar. La repeticion expresa debe ser periódica con intervalos mas ó menos largos segun convenga, sean de horas, dias, semanas ó meses; su actividad empero se debe procurar generalizar cada vez mas, atendiendo solo á lo mas importante, pues como siempre es inevitable que se pierdan algunas representaciones, preciso es que el maestro no abandone á la suerte la clase de estas que naturalmente pueden borrarse de la memoria. Hay muchísimas ideas é imágenes que no se ofrecen con el fin de que sean retenidas para siempre, sino solo hasta cierto tiempo; para borrar estas no es necesario valerse de medio alguno especial; sin embargo, el maestro debe procurar que tales representaciones no se confundan en ningun caso con las que son de un interés general para toda la vida.

A la conservacion de las imágenes é ideas en la memoria ayuda no poco la actividad propia de las mismas, así como tambien la costumbre de preguntarse y obligarse á sí mismo á recordar las impresiones pasadas; por eso el maestro debe procurar que el niño adquiera dicho hábito de investigar en sí mismo si existen ó no las representaciones percibidas, y además si son ó no exactas y verdaderas, pues la incertidumbre respecto á este punto es mucho peor que la completa ignorancia. Así que, tan luego como llegue á manifestarse semejante debilidad en los niños, deberá tratar aquel de robustecer la memoria por medio de un ejercicio conveniente, haciéndoles

además anotar por escrito algunas cosas para ahorrarle algun trabajo. En general hay muchas cosas que no se pueden confiar simplemente á la memoria, y que deberian tenerse escritas por lo tanto; pues aun cuando en la juventud tenga dicha facultad el suficiente vigor para ello, llegará sin embargo el tiempo en que no pueda bastar para todo lo necesario, y entonces faltará tambien el hábito de apuntar por escrito lo que convenga retener.

c) *El recuerdo ó sea la reproduccion.* De nada serviria retener en el espíritu las representaciones, sino se las pudiera atraer y reproducir fácilmente cuando fuese necesario y á voluntad del individuo. De suerte que, solo podrá llamarse memoria buena, aquella que reproduce con igual facilidad y perfeccion, con que percibe y retiene. A la verdad que el recuerdo arbitrario y sin reflexion alguna solo se encuentra en talentos privilegiados. Pero lo que sí puede conseguirse es reproducir mediante esta lo que se desea, que deberá ser mas ó menos sería, segun la mayor ó menor importancia y duracion del objeto que se procura atraer. Esta reproduccion se facilitará tanto mas, cuanto mas se desprenda la imaginacion de todas aquellas representaciones que pueden obstar al efecto, y tambien por medio de un exámen de todas las afines á la que se intenta recordar. Este trabajo puede abreviarse mucho por un ejercicio conveniente, con lo que se allana á la vez el camino del pensamiento y de la expresion.

El simple recuerdo, ó sea la sola seguridad